

181150

La Ilustración Artística

9

AÑO XXXIII

BARCELONA 23 DE FEBRERO DE 1914

NÚM. 1.678

OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA



APOLO, escultura de H. Lefebvre

Los dioses de la antigua Grecia no han muerto para nosotros, sino que continúan viviendo, por lo menos en la poesía, en la pintura y en las artes plásticas. Son muchos los poetas y los artistas que toman los asuntos para sus obras en las leyendas del Olimpo o que reproducen los personajes que vivieron en la Montaña de los dioses.

Ejemplo de ello es la escultura del celebrado artista francés que adjunta reproducimos y en la cual el escultor nos representa a *Apolo* en el Parnaso, teniendo a sus pies a las Musas de la poesía, de la historia, de la música, etc., y que mezcladas con amorcillos y gracias le rinden homenaje.

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *La fuerza del amor*, por Santiago Vinardell. - *Melilla. Notas de actualidad.* - *Nuevos académicos franceses.* - *El conde de Cartagena.* - *París. Homenaje al maestro Charpentier.* - *Notas de Carnaval. En Niza y en Barcelona.* - *Ambrosina* (novela ilustrada; continuación). - *La crisis ministerial en Suecia.* - *El aviador Parmelin.* - *Libros.* - *Londres. Apertura del Parlamento.*

Grabados. - *Apolo*, escultura de H. Lefebvre. - Dibujo de Tamburini, que ilustra *La fuerza del amor.* - *A la fuente*, cuadro de Leopoldo Romafiach. - *La escuadra inglesa en Melilla* (lámina). - *Notas de Madrid, París, Niza, Barcelona, Estocolmo y Londres.* - *En el palco de la presidencia en una corrida de toros*, cuadro de Galofre Oller. - *Un ofertorio en Extremadura*, cuadro de Carlos Vázquez. - *Alfredo Capús, Pedro de la Gorge, Enrique Bergson, Conde de Cartagena, Barón de la Vega de Hoz, Gustavo V de Suecia y el aviador Parmelin*, retratos.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Empiezan los espárragos a asomar sus cabecitas malva rosa, en los puestos caros y de lujo. No están los espárragos, por ahora, al alcance de todas las fortunas, ni mucho menos. Son todavía bocado de cardenal. Se venden casi a peso de plata. Pero, desde que aparecen el espárrago y la alcachofa, puede decirse que estamos en plena primavera. La visión del invierno gélido ha desaparecido; ha desaparecido la tembladera de frío y de nieve que tuvo a Madrid tantos días enfermo de *grippe* y de catarro; se han ido las nubes, arrastradas y bebidas por un sol digno de la idea que se forman los extranjeros del sol de España...

Y ya se pregonan también, por las calles, violetas y jacintos, narcisos, resedá, sin hablar de los claveles. Pronto andarán por dondequiera los borriquillos, cargados con macetas y tiestos de geranios, pensamientos y palmeritas pequeñas, nota alegre en medio de la nota repulsiva de los enormes carrárganos que infestan a la capital, y de los cuales, muchas veces, cuelgan piernas de buey ensangrentadas.

Estos tales carrárganos no se pueden sufrir. Atravesados en todas partes, hacen más que peligrosa la circulación de coches y de transeuntes. No es fácil prever la dirección que les placirá tomar, porque la reata de cuatro mulas y un burro describe esos caprichosas, y tan pronto está en la acera como en mitad del arroyo, enredada y apeloñada sobre sí misma. Intentó, según creo, el alcalde de la villa, vizconde de Eza, corregir este abuso; pero, ¿quién corrige ningún abuso aquí? Es lo mismo que las colgaduras y pabellones de ropa interior en los balcones: continúan y continuarán, mientras Madrid sea corte; y si dejase de serlo, es una suposición, porque ocurriesen sucesos revolucionarios, entonces puede que no fuese sólo ropa lo que colgase de los balcones... La decoración de calcetines, calzoncillos y pañales ha venido a ser como un detalle de ornato público; ornato entendido a la manera primitiva, pero al fin, género de ornato, y revelación muy estimable de que buena parte de los moradores se muda la camisa y usa toalla.

* *

Con estas costumbres tradicionales forma contraste la invasión de otras que traen el sello de lueñas tierras; que, para decirlo en una sola palabra, señalan la invasión de eso que en Francia se llama el americanismo. Me refiero al tango o, por mejor decir, a los bailes atangados, que están dando mucho que comentar. Yo, ante todo, declaro que no he visto bailar el tango ni cosa que se le parezca, porque, con mi luto, no voy aún a sitios en que se rinda culto a Terpsícore. Hablo pues de memoria, cosa reprochable en un cronista, pero que no deja de suceder con frecuencia.

Así, las opiniones encontradas me han puesto en tal confusión, que no sé verdaderamente qué pensar del tango, es decir, del tango que se baila aquí, en los hoteles principalmente, pues ignoro si en algún salón ha llegado a penetrar. Según unos, es cosa muy inmoral y libre de acciones y posturas, y no sólo bailararlo, sino verlo bailar hace subir los colores a la cara. Según otros, no es más que una danza graciosa y gentil, que, rompiendo con el clasicismo del antiguo vals, sugiere algo de vida moderna, de júbilo juvenil; en suma, un baile que exige pocos años, gallarda apostura y arte para la plástica. Me inclino a esta segunda versión; y no porque sea benigna, sino porque es verosímil. Si lo que se baila en esos grandes hoteles fuese tan escandaloso, ya no se seguiría bailando, al menos en presencia de un con-

curso escogido y más bien aristocrático, al menos en su mayoría. Sin constituir un espectáculo edificante, el tango no será tan desmandado y verdegay; pues, ya satisfecha la curiosidad primera, hubiesen ido desertando las damas concurrentes. Puesto que esta moda, de suyo efímera, continúa, es que ha podido adaptarse al sentido general, a los hábitos, más bien pacatos, de los altas clases madrileñas.

También se arma gran revuelo por las faldas rajadas y los vestidos repingados delante, simulando lo que adivina el piadoso lector. Y tampoco en esto conviene alarmarse más de la cuenta. No se ven muchas faldas que dejen asomar arriba del tobillo. En España, hubiese sido difícil otra cosa. Recuerdo que, hace años, cuando estuve en Francia a dar una conferencia, me dijo la embajadora de España:

- En todo París no hay más mangas que las de usted y las mías.

Se refería aquella simpática señora al hecho de que, por entonces, en París, los trajes de baile y sociedad no tenían manga alguna, yendo sostenidos en el hombro por un cordón de flores, un hilito de perlas, o cualquier friolera del mismo jaez. Y éramos dos españolas, que no entrábamos por lo sucinto del atavío, y conservábamos la idea de que los brazos se han de meter por las mangas, precisamente. La supresión de la manga, sin embargo, se consumió; pero en Madrid (con excepciones), siguió habiendo mayoría con mangas.

Hoy, el decreto de los modistos al rajar la falda, sin ser desacatado, se cumple del modo más tímido y vacilante. Siempre son una singularidad las que enseñan algo sobre la garganta del pie.

Por eso no conviene tanta alarma. Las cosas varían menos de lo que parece. Y, extremando el optimismo, hasta cabe suponer que esta variación es un grano de levadura, que alza la pasta, sin ella indigesta y sosa, del diario vivir.

Si el tango de los hoteles fuese esa abominación que nos describen, vamos, no sólo no lo presenciarían tantas damas de calidad, sino que no lo bailarían muchas señoritas de lo más entonado. Porque lo bailan, y hasta con fervor.

* *

He observado que ese espectáculo y diversión que ofrecen los hoteles, de seis a ocho de la tarde, y que es bastante caro, sobre todo para familias numerosas, está siempre concurridísimo, y lo mismo sucede con los teatros, donde tres horas antes de empezar la función, es raro encontrar palcos ni butacas. De ello deduzco que hay más dinero del que se creyera a primera vista, pues ricos y pobres se lo gastan con tanto garbo en divertirse. Ayer, en el Teatro de Parish, donde se representaba la zarzuela (o drama lírico, para hablar más a la moderna) *Las golondrinas*, que tanto ha gustado, asustaba, literalmente, aquella aglomeración de concurrencia, aquel negrear de cabezas en las localidades baratas, donde, igual que en las caras, no cabía un alfiler. Se pensaba en un fuego, en un alboroto, y se experimentaba cierto miedo al monstruo de mil cabezas, ¡el público! No he visto un lleno semejante. Ahora bien, cabe afirmar que dos veces por semana, cuando menos, se llenan igualmente otros teatros, como Apolo, el Cómicó, la Comedia, y no es inferior la afluencia en los secundarios y en las *varietés*. Hay gente para todo. Hay dinero para cuanto gusta.

No hemos de negar la miseria que se sufre en Madrid, porque, sinceramente, y aun cuando descontemos la ficción y el industrialismo, la mendicidad no es toda ella farsa, y acusa este estado general de angustia, de falta de recursos.

Las indagatorias de los diarios acerca de cómo lo pasan en Madrid los menesterosos, los que no tienen casa ni hogar, apenas el alma, aprietan realmente el corazón, afligido porque no se ve remedio posible a tanto mal, Y, sin embargo, no son los opulentos, no son los millonarios, no son los rentistas, lo que llenan a colmo esos teatros y se hacinan en un ambiente malo de respirar, pagando a precios muy altos el asiento. Son gente que, por su aspecto, no parece ni acomodada. Dios sabe de cuántas cosas se privará, por no faltar al teatro o al cinematógrafo.

El único coliseo que he visto poco concurrido es el Español. Pero conviene advertir que lo vi en una noche en que ya la obra de los Quintero, *Los Leales*, se había dado muchas veces seguidas, creo que veintitantas. La obra estaba apurada, como se dice técnicamente. Y, además, la obra fué acogida por la prensa con severidad insólita, ahora que la indulgencia indiferente es la medida común. Tanto se extremó el rigor con esa producción, que casi estuve a pique de no verla; porque siempre algo influye en

nosotros la letra de molde. Con todo esto, acabé por querer enterarme personalmente. Y declaro que sin ser ésta la mejor obra de los Quintero, tiene dos actos muy agradables y bonitos.

El primero, de exposición, despierta interés, y prepara una comedia entre alegre y triste, regida por el conflicto del dinero, el más frecuente en nuestra sociedad. El segundo es cómico de buena ley, divertidísimo, y tiene un final dramático precioso. No me gusta tanto el tercero; pero no veo por qué han tratado tan duramente a la obra en su conjunto. He oído decir que porque tiene pretensiones de profundidad.

No he visto tales pretensiones. La tesis, si hay alguna, es que se debe trabajar, y que el trabajo no solamente mantiene, sino que hasta contribuye a la felicidad, animando y prestando objeto a la vida. Y como esto se oye a cada paso, porque se haya dicho una vez más en la escena no me parece lo bastante para tanto rigor. Siempre serán *Los Leales* género fino, y cuando logra tales éxitos un desatinado *vodevil* como *El orgullo de Albacete*, es sorprendente que todas las exigencias estén reservadas para una comedia que, lo repito, no será la perla del repertorio de sus ingeniosos autores, pero hace pasar una noche agradable.

* *

También es del género fino otra comedia que ha corrido mejor suerte: *En familia*, de Alvarez Insúa y Hernández Catá. Esta se ha estrenado en Lara, y ha sido muy bien recibida; es la primera vez que corren los autores los azares de la escena. La comedia es sana, optimista, dulce, con toques de ternura y gracia; y no podía encontrar auditorio más a propósito que ese público de Lara, honrado y deseoso de emociones suaves, en que lo festivo deje entreasomar una puntita dramática.

Esto de la composición del público es uno de los muchos datos que ha de tener en cuenta el que escribe para el teatro. Los públicos de Madrid varían mucho, llevan un sello especial. El público de Eslava se diferencia del de Lara, como una perdiz de un gorrión, o una ostra de una sardina. Todos son públicos, y, sin embargo, y aun cuando en la taquilla no le pregunten a nadie los años que tiene, y sea tan libre el adquirir una localidad, por selección natural se forma el núcleo de espectadores homogéneos, siempre el mismo en cada teatro, aunque se renueve cada noche, como no puede menos de suceder.

* *

Por esta razón de la composición de los públicos, no fué *La malquerida* en la Princesa un éxito tan franco como se supondría. Es decir: el éxito fué franco del todo, en lo tocante a reconocimiento de méritos; sólo que, en la Princesa, lo que no puede darse en sábados blancos al par que en los demás turnos, no llena por completo las aspiraciones naturales de los empresarios: hay plaza partida. Para el público elegante, indiferente al arte, y con exigencias de cierto idealismo al opopónax, *La malquerida* ha sido cosa arrolladora, pero no enteramente satisfactoria de su gusto. Yo he sorprendido ese matiz en las conversaciones. En *La malquerida* el ambiente es popular, humilde, aldeano; el lenguaje, fuerte y crudo, como suele ser en tales esferas; no hay asomo de una *toilette*; María Guerrero saca unos zapatos comprados donde los compran las paletas. Para mí, todo esto es un encanto, pero no es así para los abonados (hablo en general). En la obra la intensidad psicológica llega a su grado máximo en el acto tercero: y acaso por lo mismo, ese acto, que es el mejor, fué declarado el «peor», y pudo acarrear un fracaso, en vez de lo que fué esplendoroso triunfo. Y es que lo hondo y real no halla calor entre los espectadores elegantes. A bien que los estrenos, que deciden de estas cosas, no están compuestos sólo de tal contingente; y a bien que el autor de *La malquerida* tenía detrás de sí, protegiendo esta obra violenta y cruel, su larga historia y su gran prestigio... Así, pudo, sin que se le echasen encima, matar a un personaje en el primer acto, y a otro en el último; poner en escena asesinos y mostrar cómo, naturalmente, la pasión es el camino del crimen... Otro dramaturgo hubiese sido «meneado» quizás, porque se piden ahora platitos más ligeros, manjares más abunolados... Fué justo que la obra triunfara, porque está llena de jugo; no hay tesis, hay vida. Mil veces justo, sí. Pero, a no ser Benavente, ¿qué hubiese sucedido?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



diríase que la princesa de ensueño esperaba al príncipe de sus amores

LA FUERZA DEL AMOR, POR S. VINARDELL, dibujo de Tamburini

I

Aquel rincón de un valle de la Provenza, que a mí se me antojó una pequeña Arcadia, aparecióse-me nuevamente, no ha muchos días, en el taller de un pintor amigo, al admirar una colección de bellas reproducciones de Corot.

Hubo momentos en que me parecía asistir de nuevo al baile del molino, donde el tamborilero y el flautista, dos apuestos labriegos, bellos y fuertes como dioses paganos, expresaban con los primitivos instrumentos la sana alegría de sus almas sencillas y los ensueños de su juventud.

Al pie de los gigantescos árboles centenarios las mozas, con sus zagalejos de estameña de colores vivos, semejaban, vistas desde lejos, graciosas figulinas de porcelana. Apoyábanse los viejos en sus cayados para discutir del tiempo y de las cosechas. Los cuarentones apuraban grandes vasos del buen vino de la Provenza, chupaban ávidamente las pipas y narraban tartarinescas aventuras de caza. Charlaban las comadres en un corro y los chiquillos rodaban por el santo suelo o brincaban como cabritos... ¡Oh, tardes del molino!, yo no sé qué había en vosotros que, al evocaros, una dulcísima paz invade mi espíritu y me siento transportado debajo los viejos y frondosos árboles, arrobado por el dulce son de la música primitiva y en devota contemplación de las danzas de los buenos labriegos, que tenían un no sé qué de sagrado...

II

Apacible como el suave paisaje, pero fuerte como la savia de los viejos árboles, yo vi nacer un amor.

He dicho, y no ha sido hipérbole, que aquel rincón de un valle de la Provenza se me antojaba una pequeña Arcadia. Lo era, en efecto. El propietario de Renart, el más poderoso propietario de la comarca, alma artista, de raro talento, noble, generoso y llano, con esa llaneza señorial que distingue al señor de abolengo del arrivista, viendo que con él se extinguía la familia de los Renart — las gentes murmuradoras aseguraban que el señor barón odiaba a las mujeres, pero a mí me contó una anciana que la soltería del caballero obedecía a un juramento hecho en su juventud al pie de una tumba donde todo el año se ven flores frescas —, pensó que no tenía razón de ser la existencia del inmenso señorío y así, una vez el señor hubo cerrado los ojos y los albaceas abierto el testamento, todos los colonos, servidores y mozos de labranza se hallaron, por obra y gracia de su señor amo, convertidos en propietarios de aquellos terrenos, con un reparto tan equitativo, que no provocó la menor disputa.

Desde entonces no hay pobres en todo el valle; el cura y el alcalde administran justicia al pie de un árbol, como los patriarcas, y todos realizan, en santa paz, sus faenas con el corazón alegre.

Únicamente el castillo del señor barón continúa

en poder de los suyos. Su hermana, una viejecita muy buena, muy cariñosa, a quien los campesinos llaman «señora abuela», como si realmente fuese la abuela de todos ellos, es la dueña del castillo. Cuando ella cierra los ojos para siempre, el castillo será propiedad de la villa. Hoy todos los campesinos traen sus ofrendas a «señora abuela». Huevos frescos, cestos rebosantes de fruta, tarros de leche ordeñada de las grandes vacas relucientes, benignas y fecundas; pescados y caza, ramos de flores, cestos de flores...

Con la noble señora vive una jovencita, linda, graciosa, fresca y galana como mañana de abril; su faz de un blanco pálido no recuerda ni siquiera remotamente la rolliza y colorada de las mozas de la aldea. Y es que Teresa, que así se llama la señorita, vino de París. Murieron sus padres y quedóse solita en el mundo, sin otro amparo que su tía la señora Eugenia de Renart, actual dueña del castillo, quien la acogió amorosamente, esforzándose, con noble empeño, en suplir con su amor el gran amor que Teresa había perdido para siempre.

Teresa vivía en el viejo castillo cual princesa de ensueño. La color de su rostro, la palidez transparente de sus manos, aquel andar sólo comparable al del cisne sobre las aguas, su eterno traje blanco y vaporoso, le daban el aspecto de una aparición... Silenciosa y pensativa, se pasaba horas y más horas apoyada en la grácil columna del gótico ventanal, con sus grandes ojos azules, inmóviles, perdidos en la lejanía del horizonte, confundiendo casi con el azul del bello cielo provenzal; diríase que la princesa de ensueño esperaba al príncipe de sus amores, cabalgando en el blanco caballo...

Y el príncipe no llegaba.

Cuando he aquí que a lo lejos del camino, que une la villa con la estación del ferrocarril, pudo divisar Teresa, bajo la bóveda de los espesos árboles, una carreta que avanzaba lentamente. Por el camino pasaban muchas veces al día las enormes y pesadas carretas, rebosantes de heno, arrastradas por bueyes; a veces se alegraba el valle con el son de los cascabeles de un carrito, ligero y vistoso, que iba a alguna feria; pero... ¡aquella carreta! La curiosidad de Teresa avanzaba a medida que la carreta iba acercándose.

Por primera vez, desde su llegada al castillo, traspasó el umbral y fué a saludar a unas mozas que formaban corro en el patio. Todas se mostraron muy complacientes. La señorita estaba comunicativa...

Y la carreta iba avanzando con una desesperante lentitud.

¿Qué presagio atormentaba a Teresa? ¿Qué misterios encierran los corazones juveniles? ¿Acaso se comunican a distancia?

La carreta se detuvo en el patio del castillo. Francisca, la comadre más alegre y dicharachera de la comarca, fresca, a sus cuarenta años, como una muchacha y con unos grandes ojos muy negros y muy pícaros, descendió del tosco carruaje, hizo una reverencia a la damita, dirigió un fuerte «¡buenas tardes!» a las mozas y, señalando a un joven que iba en la carreta, las dijo:

— Mirad qué forastero más majo os traigo. Es el señorito Roberto de Guevara. Está algo delicado de salud, por estudiar demasiado, que si le hubierais visto cuando yo le criaba, tenía unas mejillas como manzanas, estaba muy gordo y muy fuerte y coloradote... Supe que estaba enfermo y dije a mi marido, que como sabéis vosotras escribe muy requetebién, ponles una carta a los señores y diles que la nodriza no se resigna a que enferme su hijo, y que lo traigan aquí, que nosotros tenemos lo que no tienen las ciudades, y que «si no se lo devuelvo sano y fuerte que me maten».

Las muchachas soltaron un chorro de alegres carcajadas.

— Así lo puso, así, tal como yo se lo dije, y ahí le tenéis. ¿Se le hace o no se le hace caso a la nodriza?

Roberto de Guevara había permanecido en el carro porque suponía que se trataba de un simple saludo; pero viendo que la cosa se prolongaba decidió apearse y se dirigió hacia el grupo de muchachas. A Teresa le pareció que su pecho no podría contener los latidos del corazón.

Francisca hizo la presentación de las jóvenes a su manera:

— Roberto, esta señorita no es de aquí, es de París, es sobrina de señora abuela y se llama Teresa... Ésas..., ésas son señoras del pueblo, no hay que decirlo, ¡ya se les ve en la cara!

Roberto de Guevara se inclinó, con gentil gravedad, y besó devotamente la mano a Teresa. Luego, con una amable inclinación de cabeza, saludó a las campesinas.

Caía la tarde, la silueta del castillo se recortaba en el azul como un escudo heráldico, la esquila de unos bueyes lejanos era el único rumor que turbaba

la quietud del valle, impregnaba el ambiente el perfume del heno de los prados, y había gran dulzura en el paisaje.

Y en aquella paz, campesina y humilde, el caballero cadete español, que tal era Roberto de Guevara, besaba la mano, transparente y liliál, de la gentil damita parisina.

III

Con la llegada de Roberto operó en Teresa una total transformación. La princesa de ensueño trocóse en muchacha alegre y juguetona; aprendió la sana risa de las mozas campesinas y trajo al castillo la alegría que parecía haberse alejado para siempre.

Roberto, completamente restablecido, recobró su aire galán y bizarro de castellano viejo; su tez morena y sus grandes ojos negros eran la admiración de las buenas mozas; su carácter, franco y abierto, le conquistó la estima de los campesinos.

Señora abuela no veía con malos ojos los obsequios que el galán prodigaba a su sobrina y sobre todo daba gracias a Dios porque con la llegada del apuesto joven se había operado la resurrección de Teresa. Esto satisfacía mucho más a la buena señora que los amoríos de los dos chiquillos, que Dios sabe si se realizarían.

La nodriza contaba, a quien quería oírlo, lo muy ricos que eran los Guevara, y ya hablaba del día en que Roberto fuese capitán y viniese a pedir la mano de señorita Teresa.

El verano tocaba a su fin. Roberto de Guevara debía volver a la Academia.

Todo se dispuso para la partida y una bella mañana, al rayar el alba, el caballero cadete abandonó el risueño valle.

Al pasar frente al castillo, trepó, con pasmosa agilidad, por una reja, dejando en el alféizar de la ventana de Teresa un ramo de amapolas.

Aquella noche Teresa apareció nuevamente a la ventana, con sus grandes ojos azules fijos en la lejanía del horizonte, sus grandes ojos que aquel día empañaron las lágrimas.

Con Roberto de Guevara partió para siempre la alegría. Hasta la naturaleza quiso asociarse al dolor de la doncella enamorada y aquel otoño fué cruel como pocos. Cuando a la hora del crepúsculo la blanca aparición iluminaba el gótico ventanal, el viento hacía crujir las ramas de los viejos sauces y aquel ruido monótono e interminable parecía un gemido de agonizante.

Aquel invierno fué el último para señora abuela. Teresa cerró piadosamente, con sus manos de lirio, los ojos de la santa anciana, y una vez los restos mortales de la señora de Renart reposaron en el panteón de la noble familia, la joven se dió exacta cuenta de la espantosa y triste soledad que la rodeaba.

Según el reglamento del señor barón, el castillo quedaba en poder de los lugareños. Reunióse todo el pueblo en la casa rectoral, y a la media hora salían en dirección al castillo los campesinos de más edad. Dijeron a la servidumbre que descaban hablar con la señorita, y una vez se hallaron ante Teresa tomó la palabra un anciano con cara de apóstol y dijo, lisa y llanamente, que el pueblo renunciaba a sus derechos, que señorita Teresa pasaba a substituir a señora abuela, que ésa era la voluntad de todo el pueblo y que el fallo era inapelable.

Por toda respuesta las suaves manos de Teresa aprisionaron las grandes y callosas del anciano y una lágrima rodó por sus mejillas.

En la soledad del inmenso castillo, el recuerdo de Roberto se agrandaba y lo llenaba todo, llegando a convertirse, para Teresa, en una obsesión dominadora.

Transcurrían los años sin volver el galán; la doncella perdió toda esperanza y decidió poner término a la angustiada situación tomando una resolución heroica.

Y la gentil parisina, la princesita de ensueño, se

convirtió en Sor Esperanza, vistiendo el hábito tres veces santo de Hermana de la Caridad y pasando a cuidar enfermos en un hospital de sangre del Norte de Africa donde las tropas españolas seguían dando a la historia nuevas pruebas del indómito valor de nuestra raza.

— ¿Sabes tú cómo se llamaba la monja?
Y mi amigo contestó:
— Sor Esperanza.

V

Una vez conocida la extraordinaria aventura no me di punto de reposo hasta averiguar qué había sido de Teresa y Roberto.

Pronto vi satisfecha mi curiosidad. El propio capitán Roberto de Guevara, «el resucitado» como le llaman sus camaradas, me lo contó una tarde de verano debajo los grandes árboles del molino en aquel delicioso rincón del valle de la Provenza. Me lo contó Roberto — que había ido allá para restablecerse — y Teresa asentía a la interesante narración, bajos los ojos y palpitante el pecho, como si al contar la misteriosa aventura se renovase la emoción del momento.

Las Hermanas de la Caridad ya es sabido que no pronuncian votos perpetuos. Sor Esperanza, al recordar, tras incansable peregrinación, el objeto de su amor, abandonó los hábitos y casó con el capitán Roberto de Guevara.

Bien dicen los que aseguran que la fuerza del amor tiene virtudes desconocidas.

MELILLA

NOTAS DE ACTUALIDAD

(Véase la lámina de la página siguiente.)

Recientemente ha visitado Melilla la cuarta división de la escuadra inglesa, compuesta de los acorazados *Dreadnought*, *Lord Nelson* y *Cornwallis* y mandada por el vicealmirante sir Carlos Briggs.

Al día siguiente al de su llegada, el almirante y quince oficiales estuvieron en la comandancia general, en donde los recibió el general Jordana, y acompañados de éste, de varios jefes y oficiales de nuestro ejército y de nuestros buques de guerra, crucero *Río de la Plata* y cañonero *Lauria*, realizaron una excursión a Zeluán y al Zaio. En Zeluán vieron maniobrar a las fuerzas españolas de las tres armas y los moros de las vecinas cabilas corrieron la pólvora en su honor. En el Zaio fueron saludados por los jefes principales de los poblados moros enclavados en nuestra zona de influencia, y obsequiados con un almuerzo que les ofreció el comandante general. Al final del banquete, el general Jordana brindó por los soberanos de Inglaterra, por la nación inglesa y por su poderosa flota, haciendo votos por que nunca se turbe la bienhechora amistad que hoy une a los pueblos británico y español. El almirante brindó por nuestros reyes, puso de relieve en forma muy enigmática la asidua labor que realiza España en Marruecos, alabó la perfecta organización e instrucción de nuestras tropas y terminó brindando por la unión de España e Inglaterra, siempre vinculadas por corrientes de afecto, nunca tan sólidas como hoy por la alianza de las familias reinantes. Por la noche celebróse en honor de los marinos ingleses un baile brillantísimo, al que concurrieron las más distinguidas familias de Melilla y los jefes y oficiales que estaban libres de servicio.

Al otro día, el vicealmirante dió en el acorazado *Dreadnought* un almuerzo en honor del comandante general, quien fué recibido y despedido con los honores de ordenanza. Al banquete asistieron también los generales de la guarnición con sus señoras y representaciones del Ejército y de la Marina. A las tres de la tarde la escuadra zarpó para Málaga.

El día 8 de este mes declaróse en el muelle de Villanueva un violento incendio en un cargamento de gasolina que acababa de ser desembarcado. El fuego amenazaba en los primeros momentos tomar grandes proporciones y propagarse a las mercancías inmediatas, pero gracias a las acertadas medidas tomadas por las autoridades que acudieron apenas se inició el siniestro, pudo ser localizado y a las pocas horas quedó totalmente extinguido, habiéndose quemado mil cajas de gasolina.



A la fuente, cuadro de Leopoldo Romañach

IV

El capitán Roberto de Guevara había sucumbido al plomo enemigo. Estábamos al final de la campaña donde tantos éxitos había alcanzado el bravo militar y la fatalidad quiso que no pudiese compartir los lauros de la victoria con sus camaradas. Así lo creíamos todos antes de acontecer el milagro.

«Regresábamos al campamento — me decía mi amigo el teniente Marban — después de una gloriosa jornada. Guevara, romántico y soñador, iba ensimismado en íntimos pensamientos y se alejó unos metros de la columna. Yo le vi coger unas flores. Caía la tarde y el cielo, detrás de los montes, parecía teñido con la sangre del combate. De pronto sonaron unos disparos y, con la rapidez del rayo, pudimos ver al capitán rodeado de unos veinte enemigos. Su espada era la del ángel exterminador. ¿Qué había ocurrido? Nosotros creímos se trataba de un grupo que, oculto en las peñas, venía hostilizando a nuestra columna durante el camino. ¡Guevara dió de ellos buena cuenta! En cuanto a él, así que nosotros llegamos donde estaba, se recostó en una peña; tenía el rostro ensangrentado y apenas podía pronunciar palabra. Fué imposible arrancarle la espada de la mano, cuya hoja, herida por los últimos reflejos del sol, parecía una llama. Fué trasladado al hospital militar. Llegó un momento en que los médicos, yo, todos..., ya le creíamos muerto, aun sigo creyendo que estaba muerto, y no obstante... — ¡Oh, yo no me explico el caso! — He aquí que de pronto una monja se acerca, con un vaso de agua fresca, moja los labios del enfermo y le enjuga el sudor de la frente con la palma de la mano... Entonces el muerto, el que todos creíamos muerto, abrió sus grandes y bellos ojos, que parecieron brillar con propia luz, y una sonrisa dulcísima inundó su rostro. Nos miramos todos aterrados. Al contacto de las santas manos habíase operado una resurrección.»

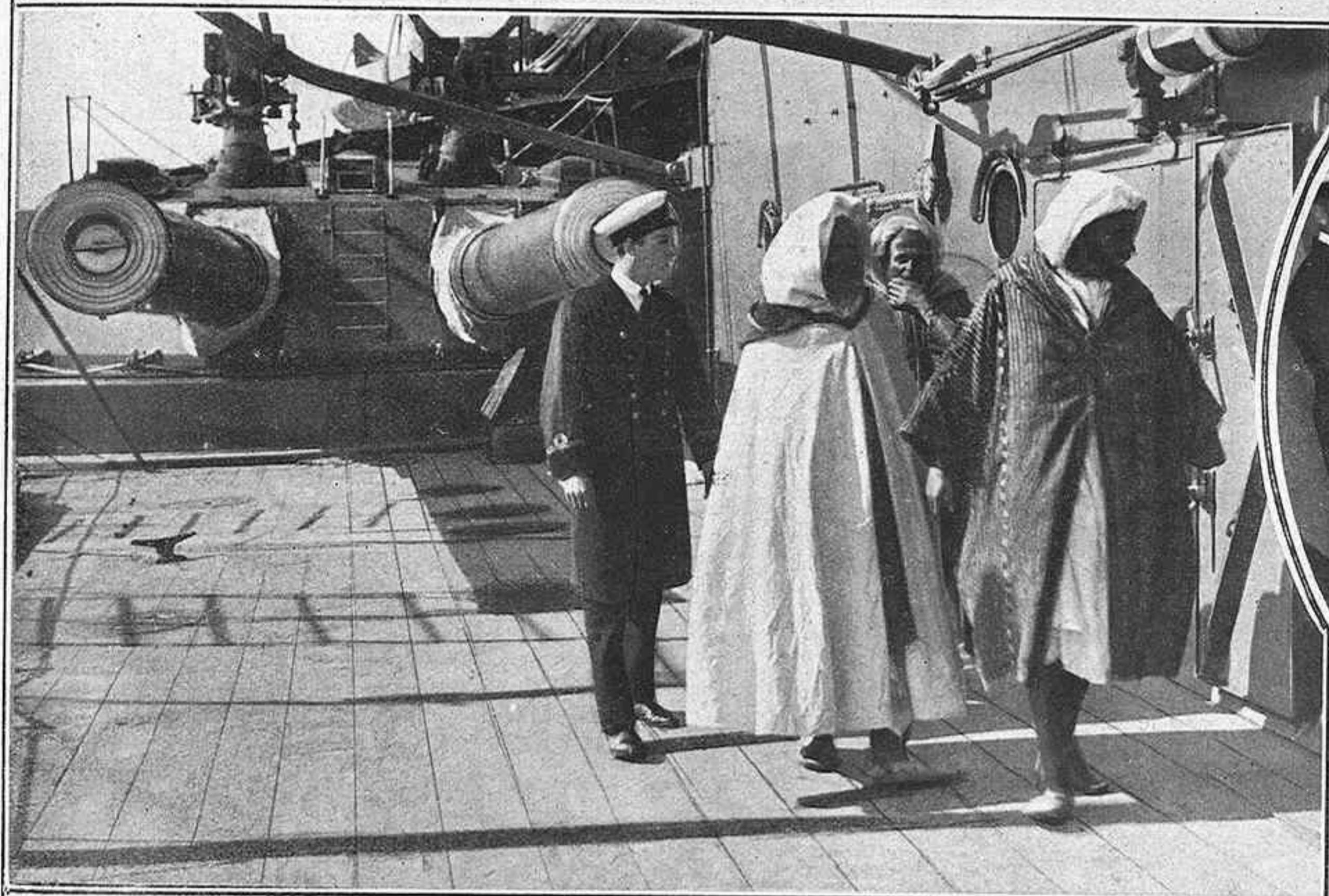
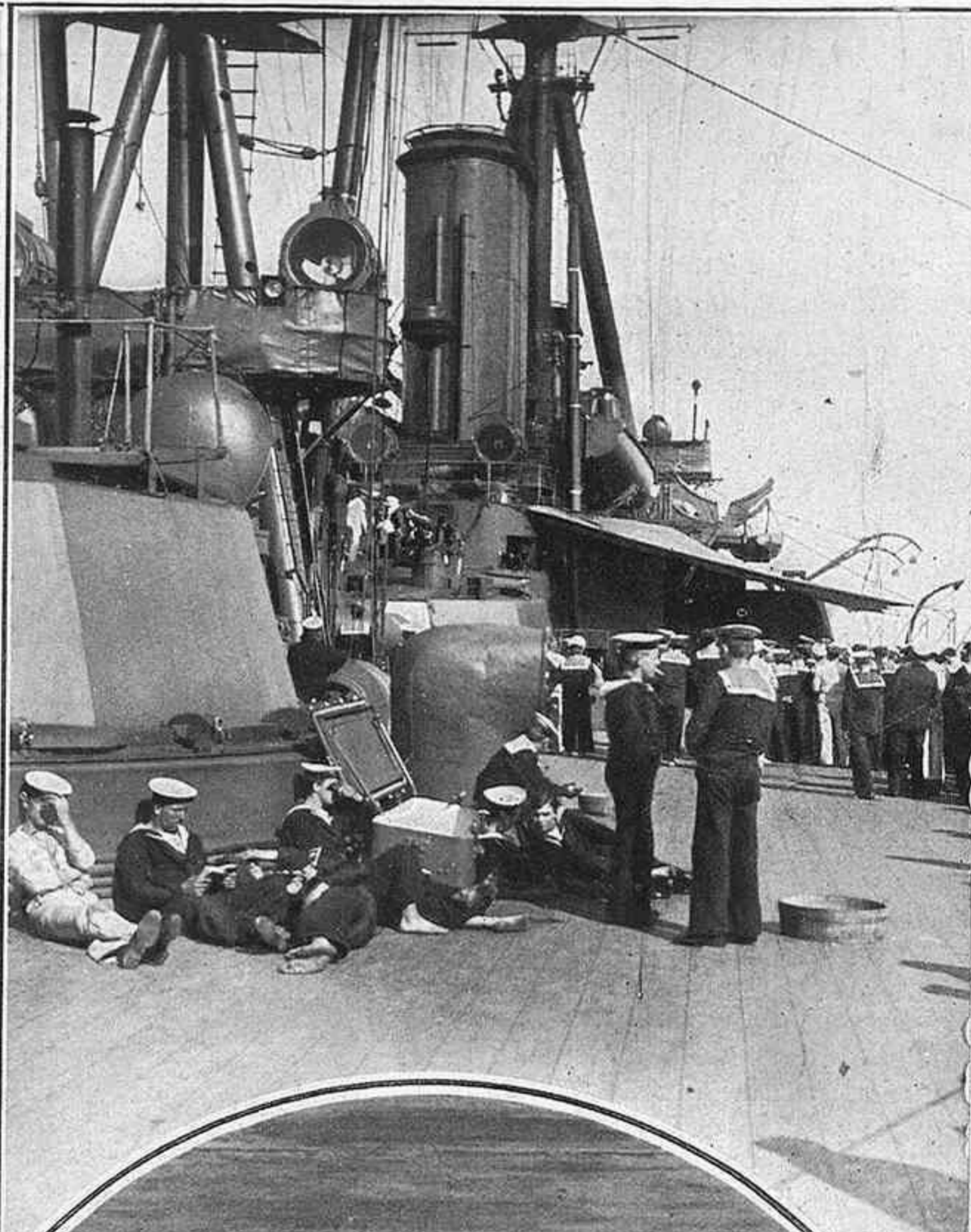
Yo quedé pensativo.

Luego pregunté al teniente Marban:

LA ESCUADRA INGLESA EN MELILLA



Los chinj y caïdes de la tribu de Ulad Settut saludando al almirante



Caïdes moros visitando el acorazado almirante



Vista parcial del acorazado almirante «Dreadnought»
La oficialidad del acorazado



El almirante probando el rancho de los soldados



Incendio de mil cajas de gasolina en el muelle Villanueva

(De fotografías de Lázaro.)

MADRID. - NOTAS
DE ACTUALIDAD

Monumento a Campoamor. - Con gran solemnidad efectuóse el día 18 de este mes la inauguración del monumento erigido en el Retiro a la memoria del gran poeta Campoamor. Asistieron al acto los ministros de la Gobernación y de Fomento, el alcalde con una comisión del Ayuntamiento, numerosos escritores, entre ellos los hermanos Alvarez Quintero, D. Ramón de Campoamor, sobrino del vate ilustre, y un público enorme compuesto de personas de todas las clases sociales.

El Sr. González Besada, como presidente de la comisión gestora de la erección del monumento, pronunció un discurso ensalzando al poeta de las *Doloras*, expresando su gratitud a cuantos han contribuido a la obra que se inauguraba y haciendo entrega de la misma al Ayuntamiento de Madrid.

El alcalde, Sr. vizcondé de Eza, expresó el júbilo del Municipio matritense al recibir aquel monumento, que guardará como reliquia venerada; hizo notar cómo el pueblo madrileño había querido contribuir con su presencia a la solemnidad de la fiesta; dijo que la memoria de Campoamor no se perpetuaba por aquel monumento, sino por sus obras aplaudidas por todos, y terminó elogiando la iniciativa de los esclarecidos patricios que, al poner en manos del Ayuntamiento de Madrid aquel sagrado depósito, han dado muestras de amor y de veneración a quien fué digno de uno y otra.

Terminados estos discursos, que fueron muy aplaudidos, todos los invitados firmaron el acta, que había sido extendida en un artístico pergamino.

El monumento se alza en una de las frondas más bellas del Retiro, en un sitio que precisamente solía frecuentar Campoamor y por donde constantemente corretean y juegan los niños tan queridos del

y de su afecto: son Rosa, Rosaura y Rosalía, encarnaciones del amor al poeta en las tres edades de la vida, y están trazadas con gallardía y gracia.

El coste del monumento ha sido de 73.000 pesetas, reunidas por subscripción popular.



Madrid. - Monumento al poeta Campoamor, obra de Coullaut Valera, erigido en el Retiro e inaugurado el día 18 de los corrientes. (Fot. de nuestro reportero Vidal.)

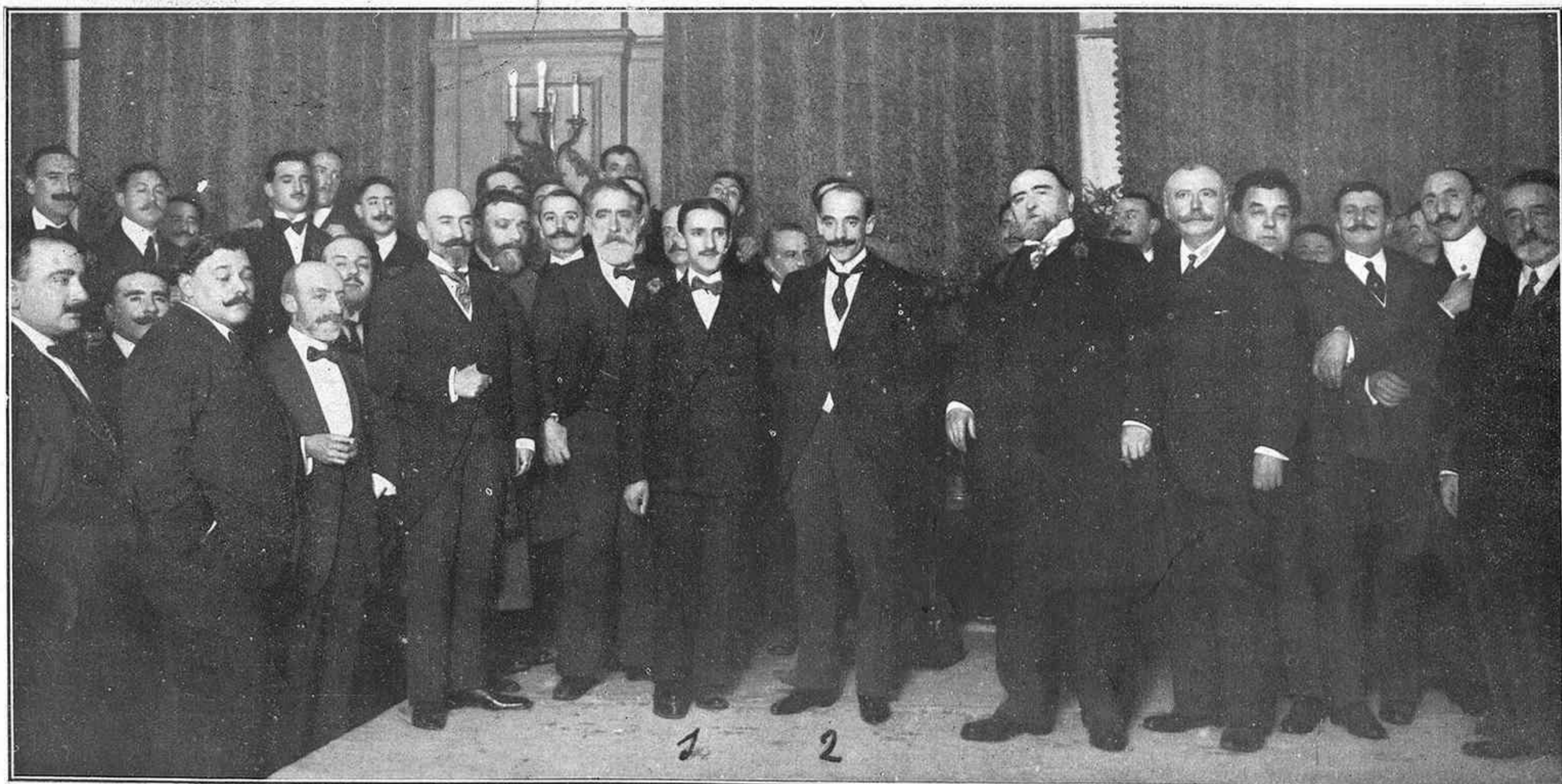
estreno dimos cuenta en nuestro número anterior.

La fiesta resultó brillantísima y a ella concurrieron los más conocidos y renombrados músicos, literatos, actores, pintores, escultores y periodistas; en una palabra, cuantas personalidades significan algo en el mundo de las letras y de las artes en la corte. El salón hallábase adornado artísticamente con guirnaldas de violetas y numerosas plantas, y los concurrentes ocuparon diferentes mesitas, sentándose en la del centro los señores Martínez Sierra y Usandizaga, a quienes acompañaban el ministro de Fomento señor Ugarte, el ilustre dramaturgo don Jacinto Benavente y los señores Gómez de Baquero, Acebal, Amado y otros individuos de la comisión organizadora del homenaje.

Después de servido un espléndido *lunch*, el Sr. Martínez Sierra leyó unas cuartillas primorosamente escritas, excluyéndose modestamente del homenaje y ofreciéndoselo por entero al Sr. Usandizaga, de quien se declaró el primer admirador. Explicó de qué manera había alentado las aspiraciones del joven compositor e hizo de éste un cumplido elogio diciendo que no sólo es un músico de alta inspiración y grandes conocimientos técnicos, sino un temperamento dramático que tiene el don de dar vida y color a las escenas que le ofrece el asunto que estudia. Finalmente expresó su creencia de que el triunfo obtenido por el aplaudido compositor de *Las golondrinas* será el principio de un gran florecimiento del arte lírico español.

El discurso del Sr. Martínez Sierra fué calurosamente aplaudido por todos los concurrentes a tan simpática fiesta.

El maestro Usandizaga ejecutó al piano, de una manera admirable, varias hermosas composiciones suyas, entre ellas algunos fragmentos de su ópera vasca *Mendi Mendián*, obteniendo entusiastas ovaciones.



Madrid. - Homenaje al maestro Usandizaga (1) y al escritor Sr. Martínez Sierra (2) en celebración del éxito grandioso obtenido por el precioso drama musical «Las golondrinas». (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

poeta. Es obra de un escultor inspirado, poeta también del cincel, Lorenzo Coullaut Valera, y en él aparece el insigne D. Ramón sentado en un banco, sonriente y feliz, y rodeado de un grupo de bellas mujeres que le rinden el homenaje de su admiración

Homenaje a los señores Usandizaga y Martínez Sierra. - En el salón de fiestas del Palace Hotel celebróse el día 14 el homenaje organizado en honor de los autores de *Las golondrinas*, para solemnizar el éxito inmenso que ha obtenido esta obra, de cuyo

Finalmente la orquesta de Price interpretó el preludio de *Las golondrinas* y la preciosa escena de la pantomima, dirigida por su autor, quien vió premiada su labor con nuevos aplausos y ruidosas aclamaciones.



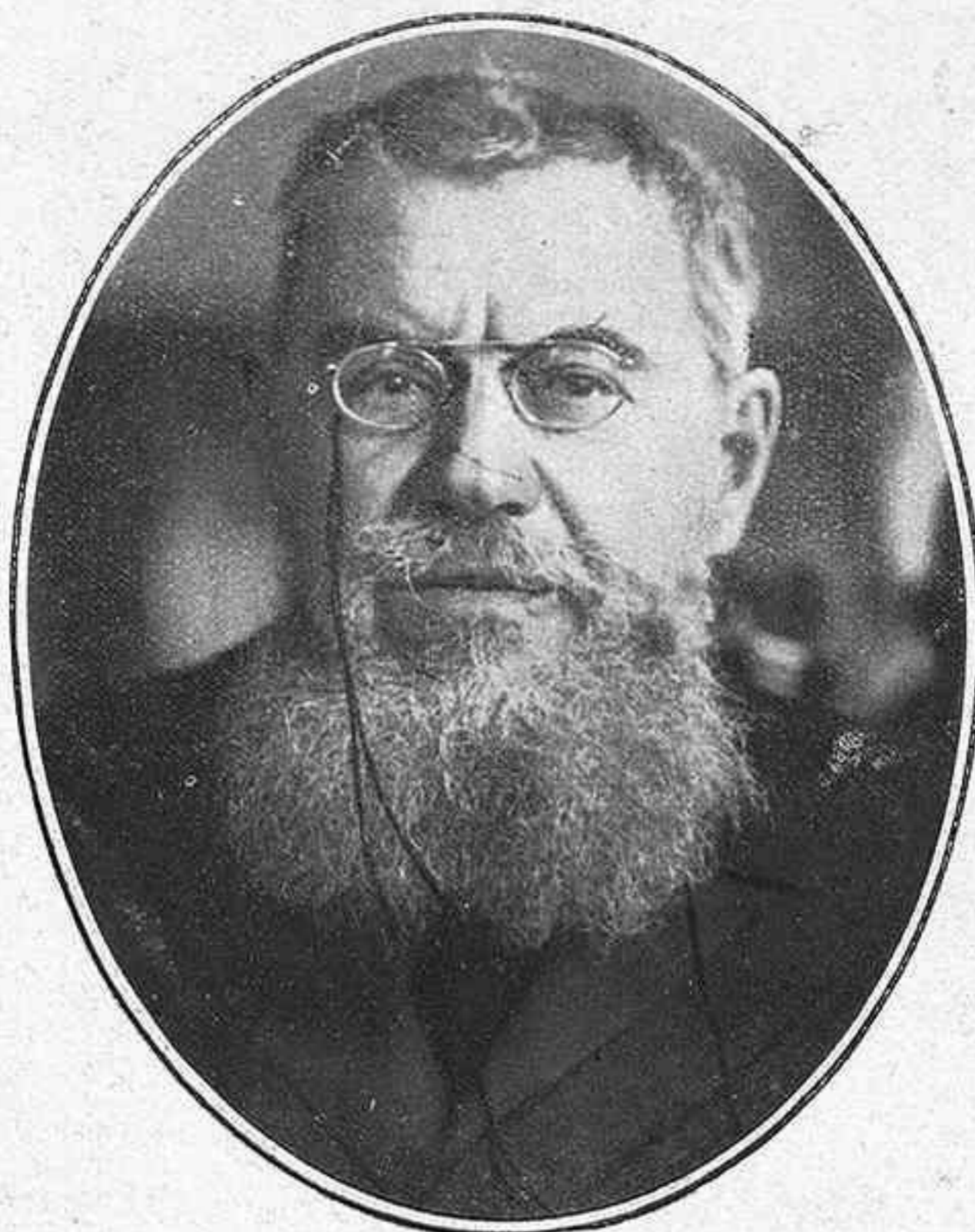
Alfredo Capús

NUEVOS ACADÉMICOS FRANCESES

Han sido elegidos recientemente miembros de la Academia Francesa las tres personalidades ilustres cuyos retratos adjuntos reproducimos: Alfredo Capús, Pedro de la Gorge y Enrique Bergson.

Alfredo Capús es un autor dramático de fama universal, uno de los más brillantes cronistas parisienses y excelente novelis-

tro de los cuales suele encerrarse la actividad de los metafísicos. Esta popularidad de que actualmente goza, él no la ha buscado; antes bien si de él hubiese dependido habría procurado evitarla, pues ama el secreto, el silencio y la tranquilidad filosóficos. El favor con que son acogidos los libros y las conferencias de Enrique Bergson se debe principalmente a su ingenio exquisito, a la originalidad de sus descubrimientos, a la



Pedro de la Gorge

claridad con que escribe y habla; su lenguaje, lejos de ser árido y abstruso, es un lenguaje transparente, asequible a todos. Hay en él, como ha dicho un renombrado crítico parisiense, «un encanto singular, un placer de poesía adornado con hermosas verdades, un placer que tiene algo de los diálogos de Platón».

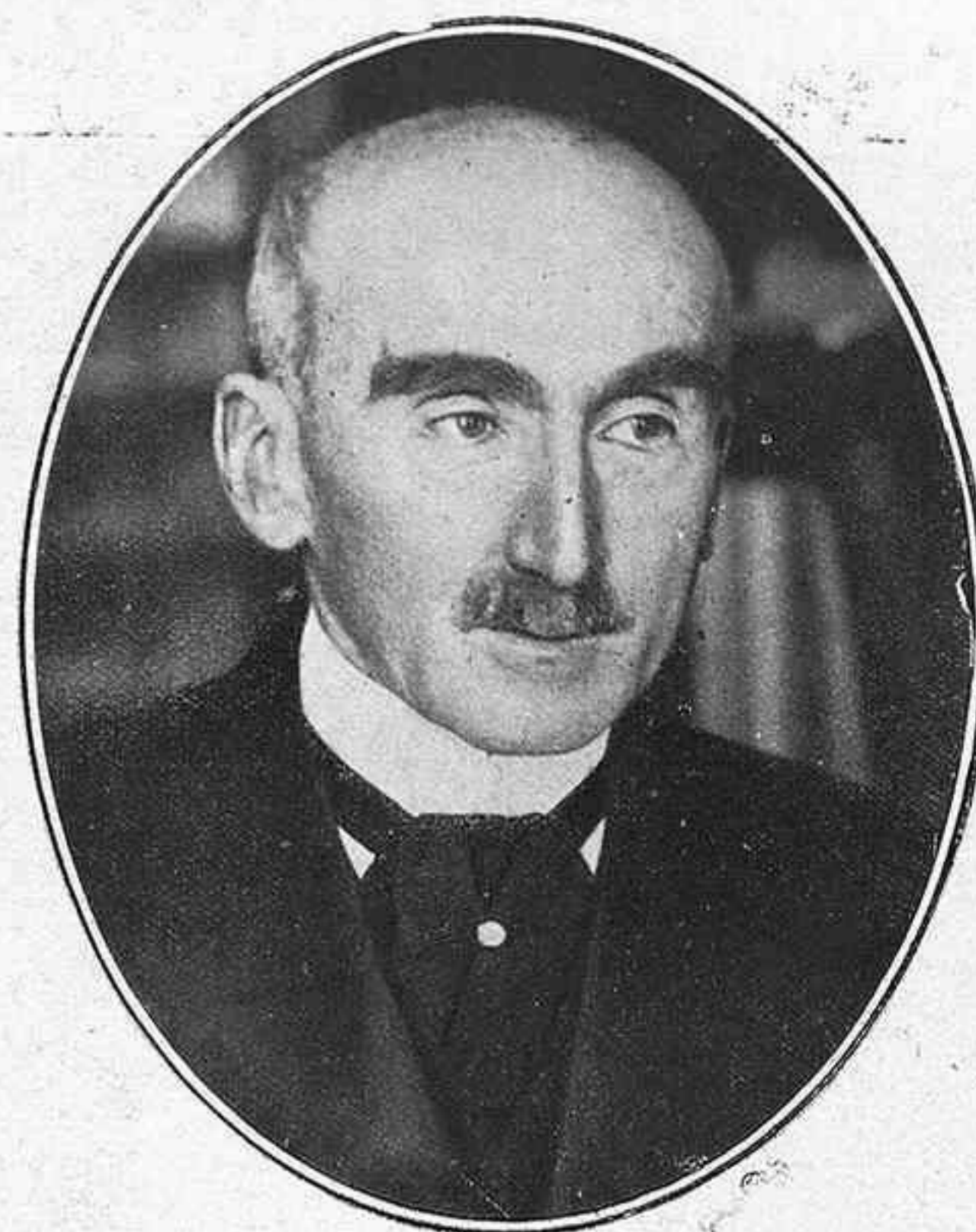
EL CONDE DE CARTAGENA

Para representar a España en San Petersburgo ha sido nombrado recientemente el distinguido diplomático Excmo. señor conde de Cartagena. El nuevo embajador cerca del tsar ha salido ya para la capital de Rusia, habiendo estado hace pocos días a despedirse del Rey y de las Reinas Doña Victoria y Doña María Cristina.

PARÍS.-HOMENAJE AL MAESTRO CHARPENTIER

Con motivo de haber sido elegido miembro de la Academia Francesa, el ilustre compositor Charpentier, el autor de *Louise* y de *Julien*, recibió un brillante homenaje, que se le tributó en la Sorbona ante una concurrencia de más de cuatro mil personas y bajo la presidencia de la esposa del Presidente de la República, especialmente delegada por éste para representarle en aquella hermosa ceremonia.

Comenzó la fiesta con un discurso del secretario de la academia «Mimi-Pinsón», institución de educación musical popular fundada por Charpentier, quien para indicar el verdadero carácter de la misma le dió el nombre de la obrera tan bellamente cantada por Alfredo de Musset. Después efectuóse un concierto, en el que tomaron parte notables artistas, entre ellos la señorita Brunlet, exalumna de la citada Academia, y en el que se cantó, interpretado por mil ejecutantes, el *Canto de Apoteosis*, de Charpentier, dirigido por éste. Luego una linda joven, vestida como una *grisette* de 1830, leyó un bellissimo parlamento, ofreciendo al maestro la espada de acadé-



Enrique Bergson. (De fotografías de Harlingue.)

mico adquirida por subscripción entre las modistillas parisienses. Charpentier contestó con un hermoso discurso agradeciendo con toda su alma aquel presente de *Mimi Pinsón*.

EL BARÓN DE LA VEGA DE HOZ

En la tarde del domingo, día 15, efectuóse la solemne toma



El Excmo. Sr. Barón de la Vega de Hoz, que recientemente ha tomado posesión de su puesto en la Real Academia de la Historia. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)



El Excmo. Sr. Conde de Cartagena, nuevo embajador de España en Rusia. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

ta. Goza de gran popularidad y es una figura altamente simpática; su obra es amable, fácil, límpida y en ocasiones tierna, no ofusca ni al vulgo ni a los letrados, en ella se entra desde luego y con ella nos familiarizamos en seguida.

Pedro de la Gorge goza de grande y merecida reputación como historiador; es autor de una *Historia de la Segunda República* y de una *Historia del Segundo Imperio*, una y otra muy conocidas y muy celebradas, y actualmente está escribiendo la *Historia religiosa de la Revolución francesa*, de la que se han publicado hasta ahora dos tomos y que será su obra maestra por la copiosa labor de investigación que supone y por la verdad con que se narran en ella los hechos, sin comentarlos apenas, dejándoles toda su significación dentro de aquella época de duras persecuciones y tribulaciones de la Iglesia.

Enrique Bergson es algo más que un gran filósofo, es en París el filósofo de moda, a cuyas lecciones y conferencias en el Colegio de Francia asisten las damas más aristocráticas y las más elegantes y cuya fama traspasa los límites den-



París. Homenaje tributado en la Sorbona a Gustavo Charpentier con motivo de su ingreso en la Academia Francesa. - El ilustre compositor escuchando el discurso que una modistilla le dirige antes de entregarle la espada de académico que le regalaron las alumnas de la Academia «Mimi-Pinsón» por él fundada. (De fotografía de M. Branger.)

de posesión del nuevo individuo de la Real Academia de la Historia, Sr. D. Enrique de Leguina y Vidal, barón de la Vega de Hoz.

El nuevo académico leyó un discurso de recepción, en el que desarrolló el tema *La espada española*, como consumado arqueólogo y con un admirable conocimiento del asunto a cuyo estudio le llevó una vocación decidida a descubrir secretos del arte antiguo.

Contestó al Sr. barón de la Vega de Hoz, en nombre de la Academia, el Sr. marqués de Laurencin, quien después de un justo y merecido elogio al nuevo académico, comentando brillantemente sus obras, trató, a su vez, del tema de la espada española.

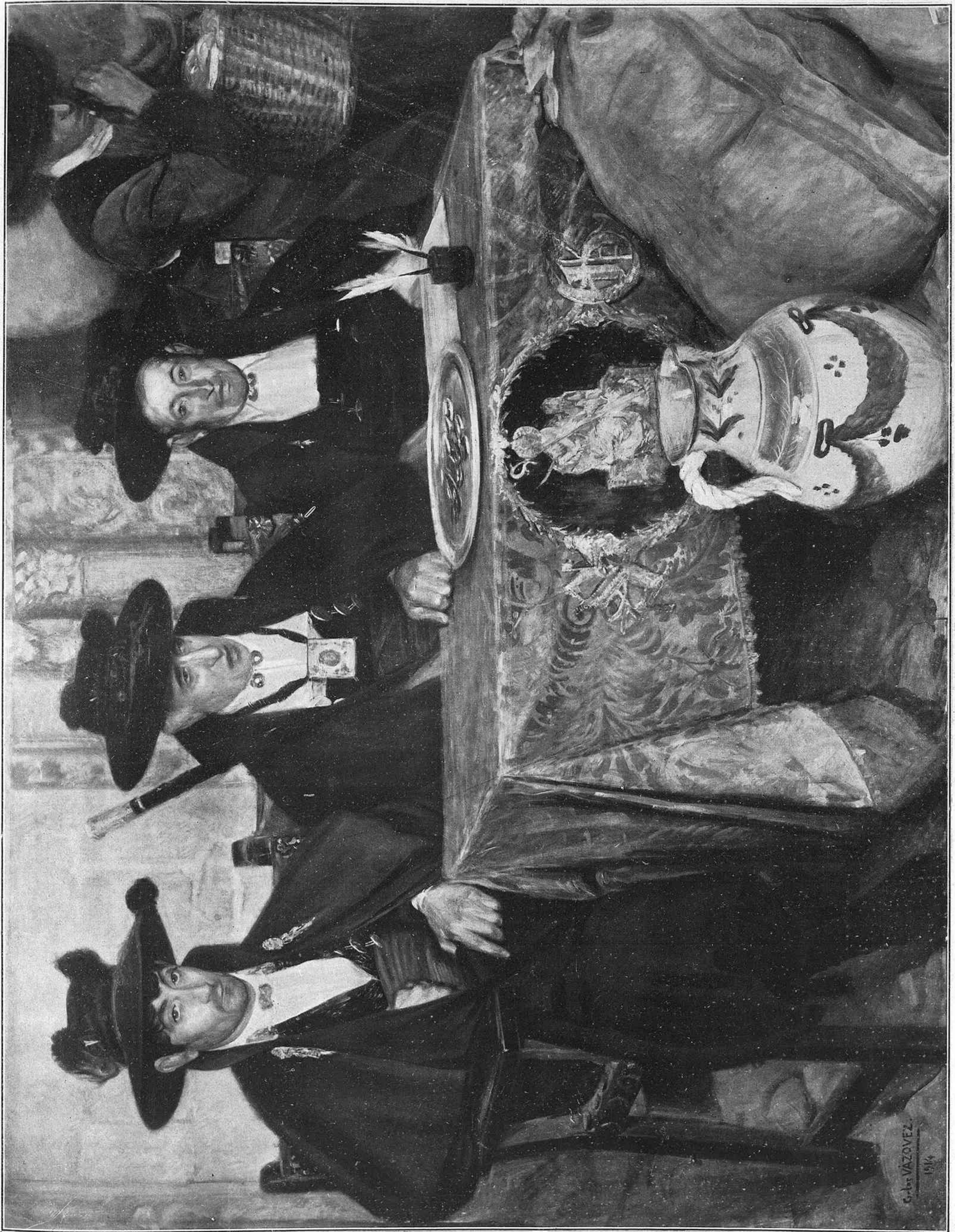
Ambos discursos fueron muy aplaudidos por la numerosa y selecta concurrencia, en la que figuraban la mayoría de los académicos y gran número de personalidades ilustres en el mundo de las letras, de las ciencias y de las artes.

Después, le fué impuesta la medalla de la Corporación al nuevo académico, quien recibió muchas y cariñosas felicitaciones por su discurso y por su ingreso en la Real Academia.



EN EL PALCO DE LA PRESIDENCIA EN UNA CORRIDA DE TOROS, cuadro de Galofre Oller. (Salón Parés.)

(De fotografía de F. Serra.)



UN OFERTORIO EN EXTREMADURA, cuadro de Carlos Vázquez destinado al próximo Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses, de París

NOTAS DE CARNAVAL. - EN NIZA Y EN BARCELONA

(Fotografías de Rol, Branger y de nuestro reportero A. Merletti.)



EL Carnaval de Niza. - S. M. Carnaval XLII

EL CARNAVAL DE NIZA

Con la brillantez y la animación tradicionales han comenzado las fiestas carnalescas en la hermosa ciudad de la Costa Azul. Su Majestad Carnaval XLII, en la figura de Perseo, y acompañado de su augusta esposa, cuyo carro era una graciosa crítica del tango que está de moda actualmente, hizo su entrada triunfal entre sus súbditos, que le rendirán durante algunos días pleito homenaje.

El primer coso, que se celebró el domingo día 15, estuvo extraordinariamente animado; para que se comprenda la grandiosidad de aquella fiesta, bastará decir que en el cortejo figuraron, además de los tres carros del Comité de Fiestas, 10 grandes carrozas, 11 pequeñas, 9 cabalgatas y comparsas, 70 grupos a pie y 1.327 máscaras aisladas. A estas cifras hay que añadir las máscaras fuera de concurso y los dominós que eran en gran número.

Lo mismo en las carrozas que en las cabalgatas, comparsas y grupos, admirábase un derroche de arte en unos, de riqueza en otros y de ingenio en todos, y el conjunto de aquellos elementos formaba un espectáculo verdaderamente maravilloso y pintoresco, al que daban mayor realce las luchas de confetti y de serpentinas, el sol espléndido, las músicas y la algazara y la alegría que reinaban en la bulliciosa y hermosa fiesta.

BARCELONA

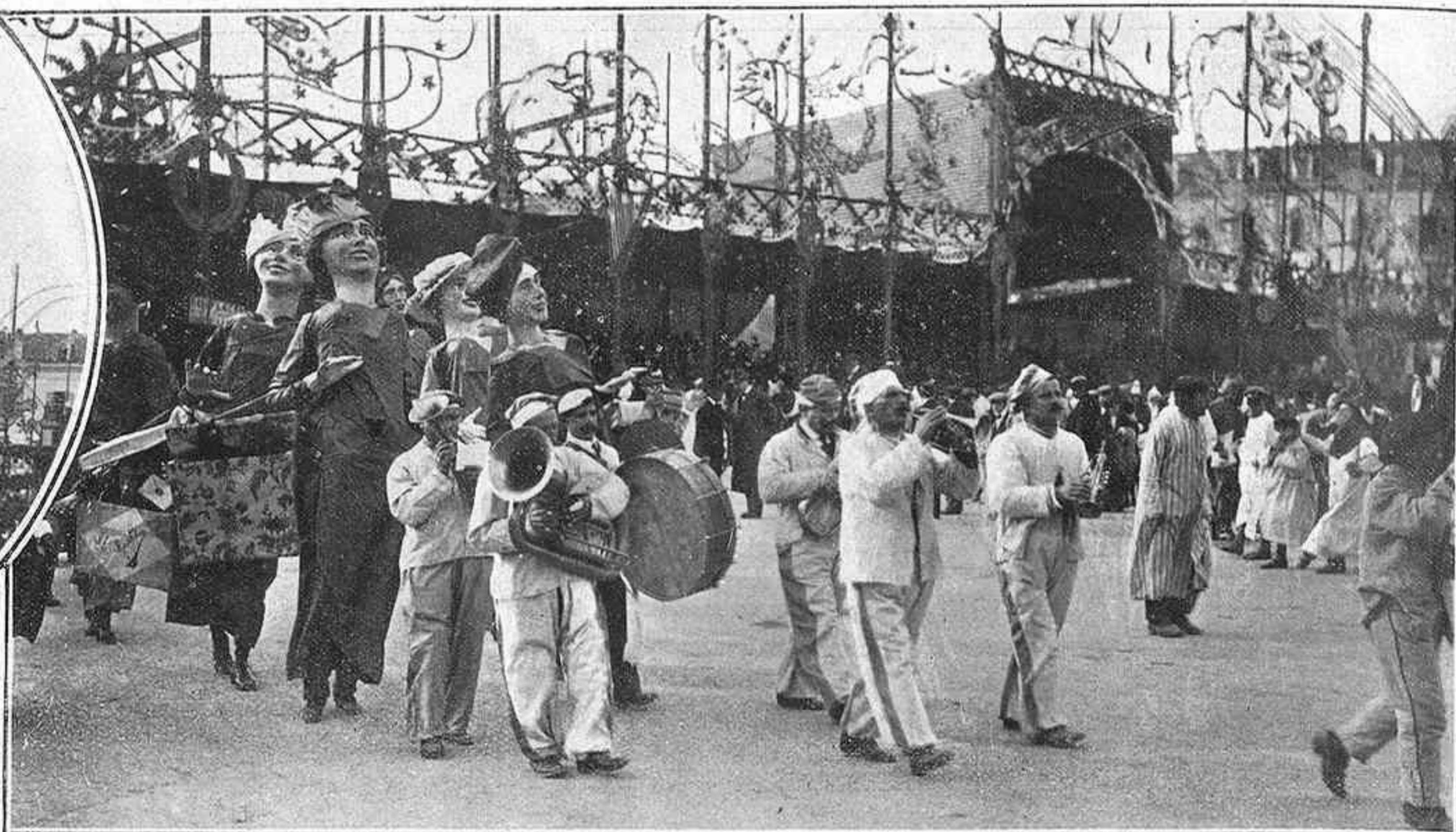
LA FIESTA DEL CÍRCULO ARTÍSTICO. - EL BAILE INFANTIL

En el salón de honor del Círculo Artístico se ha celebrado una Venta-Bazar de Caridad, organizada por la Junta de señoras de la Asociación de la Infancia del Obrero. En artísticos quioscos cuyos frontispicios ostentaban rótulos en inglés, indicando el objeto de cada uno, habíase instalado bazares, tómbolas, buffet, ventas de muñecas, de bombones, de cigarrillos, de chucherías, etc. Había barracas en donde se sacaba la buena ventura y otras en las que se rifaban diferentes lotes.

Las vendedoras, vestidas con gran propiedad de cuáqueras, eran las señoras Carmen de Ribas Fabra, María A. Bosch, Lolita Monegal de Sotolongo, Aurelia Maristany, Asís Picabín, Pilar de Arana Milá, Rosario y Carmen Rosés Rocamora, María Isabel Farrés Gomis, Marcelina García Faria Monteyts, Josefina Fuster, Montserrat Carreras, Elvirita Quer, Carmen Galobart, Lidia y María Jorba, María Cabot, Filomena y Nieves Turull y María Teresa Cañellas.

Durante los días en que ha estado abierta la Venta-Bazar de Caridad han desfilado por el salón del Círculo Artístico, en donde estaba instalada, las más conocidas familias de nuestra alta sociedad.

El éxito alcanzado ha sido extraordinario: las quaker-girls vieron pródigamente recompensados sus esfuerzos para atraerse compradores, habiendo todas ellas obtenido recaudaciones de no poca consideración. Todos cuantos han contribuido a esta fiesta benéfica han merecido los más entusiastas plácemes.



Una de las comparsas que figuraron en el coso carnalesco

En el Teatro de Novedades celebróse en la tarde del Jueves lardero el tradicional baile infantil de trajes, que se vió concurridísimo, siendo quizás mayor que en los años anteriores el



Barcelona. - Grupo de niños que concurrieron al baile infantil de trajes del Teatro de Novedades

número de niños disfrazados que a él asistieron. El teatro presentaba magnífico golpe de vista, pues se hallaba adornado con profusión de tapices, guirnaldas y flores artísticamente combina-

dos con innumerables bombillas eléctricas. Durante toda la tarde reinó el mayor bullicio en la platea, entregándose las infantiles máscaras a los placeres del baile; a las seis empezó el desfile oficial de todas las mascaritas por delante del palco del Jurado, pudiendo entonces admirarse la variedad de disfraces y el gusto y la riqueza que presidían en la mayoría de ellos.

El Jurado, después de larga deliberación, concedió los 29 primeros premios a los siguientes niños: Angela Grases (zángara), Teresita Silvestre (estatua de Colón), María Soler (cruzado), Cinta y Mercedes Soler (pareja de tango argentino), Narcisca Mora (vigía), Carmen Mora (afilador), Pepita Baigol (cuáquero), Josefa Pich (trovador), César Salanova (pescador griego), Enrique Cañadas (conde de Cornualles), Eladia Gutiérrez (Aida), Arturo Gutiérrez (magistrado), Leonor Pueyo (riberaño del Ebro), Manolita Abelló (Mefistófeles), Ramón Pinaut (aviador con su biplano), María Rodríguez (barquillero), Ramón Galf (rey de oros), Adolfo Solá Sert (bufón), Felipe y Juanito Cuerda (pareja mallorquina), Carmen Frígola (castañera), Carmen Bofarull y Armando Escudé (pareja holandesa), Herminia Solá Sert (muñeca), Pepita Miró (payesa catalana), hermanos Sanromá (pareja triciclo), Joaquín Molina y Carmen López (pareja de novios), Eugenio Bosch (pescador), Carmen Cante (busto de maga), Narcisca Rodríguez (pescadera) y Julio Subirana (pescador valenciano).

Además se otorgaron varios accesits y premios extraordinarios.



Barcelona. - Grupo de señoritas disfrazadas de cuáqueras encargadas de la venta de caridad efectuada en el Círculo Artístico a beneficio de la Asociación de la Infancia del Obrero

AMBROSINA (CADET OUI-OUI)

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR CLAUDIO LEMAITRE

ILUSTRACIONES DE SIMONT. (Continuación.)

- Calla; me han contado todo lo que ha dicho de nosotras...

- ¡Tal vez no son más que infundios, Catalina!

Pero las súplicas de la vieja Papín fueron ineficaces. Catalina y Rosa cogían ya municiones sobre el puesto de la bella pescadera. ¡Peor para la mercancía! En su cólera, Catalina olvidaba que corría con todos los gastos de la guerra.

Los lenguados, rodaballos y mújoles que las dos mujeres se tiraban mutuamente a la cabeza, aplastábanse en el suelo y, pisoteados, sucios, se convertían en viscosas charcas de fango.

Catalina resbaló y Rosa cogió a su vez a la enemiga por el moño.

Agarradas, buscaban con las uñas las carnes para hincar en ellas.

Los botones del corpiño de Rosa saltaron. Catalina, joven y fuerte, sujetaba a Rosa con una sola mano.

- Ahora te tengo, y vas a recibir un vapuleo con las faldas levantadas. ¡Ah!, ¡con que dices que yo buscaba a tu hijo, que quería casarme con él! Lo que yo quiero, ahí lo tienes.

Desesperada, Rosa llegó a retirar un brazo, cogió la oreja de la bella Catalina por el lóbulo, y con éste el largo pendiente de oro, y tiró con violencia.

Esta vez, Catalina soltó a Rosa dando un grito de angustia, pues sintióse la mejilla inundada de sangre tibia y el dolor cerró sus ojos llenos de abundantes lágrimas.

- No sé lo que me pasa, suspiró.

Y cayó desvanecida sobre el pecho de su madre desesperada.

Las pláceras rodearon a Catalina y hubo que llevarla a la farmacia más próxima.

Mientras tanto, Rosa, victoriosa, reparó algo el desorden de su peinado y de su corpiño. Las comadres se volvieron a sus puestos.

Varios muchachos, en busca de botín, recogieron del suelo los restos del hermoso pescado de Catalina. Estos iban a regalarse con una excelente comida barata.

Así es la vida; la desgracia de los unos redonda con frecuencia en provecho de los otros.

No fueron los únicos que se regocijaron.

María Saleta triunfaba. Ya todo se había concluído para siempre entre los Papín y los Malot. Así al menos lo esperaba ella. La casualidad le era propicia y apartaba de la bella Catalina el rival más peligroso de su hijo. Los acontecimientos favorecían asaz fielmente sus intereses para cegarla sobre el efecto seguro de una riña entre mujeres que, tarde o temprano, acaba por una ruidosa reconciliación y protestas de sincera amistad.

Por consiguiente, la Saleta veía, al final de todo, el casamiento de su Juan con la bella Catalina.

¡Ah!, esa Rosa no sabía maniobrar como ella, para su hijo. Perdía una buena ocasión de casarlo bien. Toda la marina envidiaría al marido de Catalina, muchacha hermosa, inteligente y hábil. ¡Qué suerte para su Juan! ¡Su Juan!.. ¡En el cariño materno de María Saleta había al menos tanto orgullo como ternura!..

V

Al principio Pedro Malot soportó con indolencia la prueba de la cárcel. Muchos jóvenes acostumbrados a respirar a sus anchas la fuerte o la bella brisa vuelven enfermos de espíritu y de cuerpo después de la estación en el puerto de los castigados. Hay pobres supersticiosos que



... cogió la oreja de la bella Catalina por el lóbulo, y con éste el largo pendiente de oro, y tiró con violencia

hasta rehusan el pan de la prisión. Se consideran perdidos y lloran día y noche. Ciertamente es que éstos, desde la primera falta, ya pierden las ganas de rebelarse.

Pedro había sido mimado por una madre dócil a sus caprichos. Había gozado con harta frecuencia de las delicias del hogar para echar de menos en de-

masía el aire libre. Inteligente, su espíritu no exageraba la falta ni el castigo.

Sin embargo, cuando fué preciso pasar el umbral de la cárcel de paredes tristes y sombrías, pensó que el amo de un obrero de tierra, si éste falta, se contenta con imponerle una multa, mientras que el trabajador del mar, ligado por un compromiso, es tratado como un criminal si falta a la lista. Estas leyes parciales, cuya dureza recuerda la Bastilla del antiguo régimen, indignaba al joven Pedro.

Marino embarcado, desembarcaba sin embargo a capricho, y esa falta de obligación para con el oficio le obligaba a elegir otra profesión. El no tenía afición a ninguna.

En tierra, no le faltaban medios de holgura, camaradas y diversiones; pero el fastidio que sigue a los placeres llega pronto; entonces el mar y sus peligrosos caminos le ofrecían novedad, cielos y sueños variados. Demasiado joven para ser patrón, la sumisión a los marineros vulgares mortificaba a su orgullo.

«¡Marino de agua dulce!», «¡marino de lance!», le llamaban a veces sus compañeros sujetos al mar por necesidad.

Su madre le había criado para mejor suerte que la de marinero. Mas no había sido nunca grumete. Al salir de la escuela tenía ya quince años. Era robusto y fornido como un hombre, había sido durante tres meses el peor empleado del Ayuntamiento, del cual fué despedido. Entonces, en espera de mejor colocación, su abuelo lo había contratado de marinero a bordo del *Surcouf*, barca que se dedicaba a la pesca del arenque. Esta diversión iba a ocupar los ocios del muchacho; además, al abuelo le gustaba el mar, y se alegraba de demostrar al muchacho la nobleza de una profesión que mantiene sano el cuerpo y pura el alma de los que a ella se consagran. Aprendería también a no despreciar nunca a los suyos, parientes y amigos, marineros y paisanos.

Pedro, en medio de los compañeros que acechaban las molestias y perezas del novicio, había triunfado de tal manera que el recuerdo de aquella campaña subsistía glorioso en su memoria.

Hábil, resistente al frío y al viento, de estómago tan firme como los brazos, el *sabio*, el escribiente, había trabajado como un hombre...

En las vacilaciones de su carácter de niño mimado y de su naturaleza valiente, iba incesantemente del mar a tierra y de tierra al mar, echando siempre de menos uno u otra. Su madre siempre procuraba encontrarle algún empleo, al que renunciaba él bruscamente.

Pedro empleaba su fuerza yendo a Islandia o a Escocia en busca de bacalao, arenques y sardas; regresaba y su madre volvía a hacérselo suyo con la cama blanda, la sopa sabrosa y una grande indulgencia. Después del descanso, su cuerpo se impacientaba en aquel bienestar.

Para contentar a Rosa y renunciar al mar, hubiera tenido que vivir lejos de él, por ejemplo en París. A veces pensaba en ello. Mas era imposible; sólo era bueno para hijos de armadores que estudiaban en el colegio y se hacían después abogados o comisarios de marina. Pedro, alumno de la escuela primaria, no podía aspirar a tanta ciencia.

Ahora, en su forzosa soledad, Pedro tendría tiempo de pensar en aquel porvenir que tanto preocupaba a su madre. La flota o el servicio militar esperaban al muchacho; pronto habría que elegir.

Con su blusa y su pantalón puestos, Pedro durmió una noche y un día tendido en su camastro.

¡Duerme, muchacho, duermel!. ¡Que una buena hada vele tu sueño! ¡Más vale soñar dormido que despierto en una prisión!

Futuros criminales, ladrones y asesinos han habitado en este calabozo. Muchos culpables involuntarios han salido de aquí con el orgullo del mal.

Y, en torno de Pedro, los sueños, estremecimientos y pesadillas de esos desgraciados esperan quizás una nueva vida.

Pedro apoya su hermosa mejilla fresca sobre su brazo doblado, y un ligero soplo se escapa de sus labios entreabiertos.

¡Su sueño es el de un niño!

Y la noche absorbe hasta los últimos rayos de luz que penetran por entre los barrotes de hierro de la estrecha ventana. Los muros se estrechan; como se halla sumido todo en las tinieblas, es una fosa en el fondo de la cual descansa un muerto.

El silencio es absoluto; una pesadilla visita a Pedro que respira con dificultad. Navega solo en un barco azotado por una tempestad furiosa; quiere pedir auxilio y no puede, como si una mano de hierro le apretase la garganta. «¡Socorro!.. ¡Socorro!..» No sale ni una sola palabra.

Un instante de lucidez hace comprender a Pedro

que sueña; quiere despertar para escapar a la angustia y permanece impotente contra el sueño.

Y sufre la pesadilla que le persigue a despecho de su voluntad.

Por fin, después de una lucha de algunos minutos que le parecen largos como horas, da un grito, oye el sonido de su voz y se vuelve sobre el lecho.

Pedro despierta.

¡Cielos! ¿Dónde se encuentra? Ausente la ligera respiración de su madre que descansa en la cama vecina, y ausentes también los sonoros ronquidos de los compañeros de a bordo.

Pedro se levanta, tropieza con un taburete.

¿Quién ha quitado la palmatoria y los fósforos? ¡Rosa! Tu hijo te llama. El muchacho reflexiona y recuerda. Está castigado, preso. Suelta una carcajada. Se estira, bosteza, está muy cansado de haber dormido tanto.

Solo en aquella obscuridad, no tiene nada que hacer ni nada que decir; únicamente puede pensar. El buen humor se pierde pronto en el fastidio. Pedro bendice a su madre. Rosa prueba en este momento la ingratitud de la suerte para con el marino severamente castigado por una simple falta de poca monta. No hay duda de que los intermediarios, comerciantes, rentistas, empleados, todos los habladores que gritan mucho y obran poco son los más felices.

¡Se mete a un inocente en la cárcel! ¿Quiénes son los verdaderos culpables en este momento? Pedro se apresura a elegirlos. Y los nombra; el comisario de marina y Ambrosina Papín. De modo que el comisario de marina que lo condenó y una muchachuela rebelde que le retrasó han destruido, abismado su vida para siempre. Pedro cierra los puños. Su indiferencia zozobra en la gran cólera que le subleva, pues nunca deseó tanto la libertad y el aire vivo de la calle. Golpea la pared, desesperado, ante aquella imposibilidad de evadirse.

¡Ah! ¡esa chiquilla!, esa poca cosa que tanto mal le ha hecho, ¡cómo la detesta!. Vuelve a sentarse; un poco de calma le dará fuerza para aborrecerla mejor. ¿Con qué maleficio lo ha hechizado? No piensa más que en ella.

Es roja, pálida y lisa como una platija, que es el más descolorido y el más común de los peces; sus ojos verdes giran como los de un congrio en la agonía, y sus labios rojos parecen las sanguinolentas agallas del arenque fresco. ¡Ah! No se parece en nada a su hermana Catalina. Bien plantada, ésta representa toda una señora pescadera, y, además, ¡es tan inteligente! Pedro compara largo tiempo las dos hermanas, ¡y desea vivamente humillar a la menor!..

* * *

El domingo, por la mañana, al salir de la cárcel, Pedro se hallaba penetrado de los méritos de Catalina y de la profesión de pescadero ponderada por su madre; aborrecía más que nunca a Ambrosina y al mar en quienes no había dejado de pensar un solo instante, y su espíritu asociaba y confundía esos dos enemigos de su reposo.

Había caído una tibia lluvia que refrescaba las hojas polvorientas, pero sin aclarar el rostro sombrío ni el alma triste del muchacho.

Este se encaminó hacia la ciudad baja y, avergonzado, confuso, enlodado, afligido, entró en el mercado en busca de su madre. Rosa estuvo a punto de desmayarse en presencia de su hijo disfrazado de verdadero ladrón. Catalina contestó al saludo de Pedro; era demasiado valerosa para despreciarlo en la desgracia. Con la oreja curada y el corazón generoso, se suavizaba sin vergüenza alguna de la piedad.

Las pescaderas permanecieron en sus puestos por discreción, pero muchos ojos tiernos siguieron a la madre y al hijo que partían apoyándose uno en otro. Las habladoras se juntaron para maldecir al comisario de marina y a los carceleros que martirizaban a un inocente, a la criatura mejor del mundo, ¡a un marinero!..

— Los maltratan, en la cárcel... ¡Cómo lo han puesto al pobre muchacho!.. ¿Habéis visto su ropa, hecha jirones?..

— ¡Ah!, no, ¡Rosa no merecía eso!..

* * *

Rosa sirvió a su hijo un buen plato de caldo y destapó una botella de vino rancio; después de lo cual lavó con jabón a Pedro.

Era su hijo, su hijito..., un guapo mozo, tan grande y bien constituido como su difunto padre.

Le hizo poner una camisa blanca, su traje de fiesta, y, para que pudiera divertirse y distraerse, le dió diez francos.

— Ese barco, ese maldito *Surcouf*, ¿va a tentarte siempre? ¡El demonio se lo lleve! Y con él a esa Ambrosina, que tiene más picardía y más habilidad que un viejo piloto. Con todo eso, héteme reñida con las Papín, confesó Rosa.

— ¿Cómo así?, preguntó su hijo. Hace poco, Catalina me saludó.

Entonces Rosa contó toda la historia de su reyer-ta con Catalina.

Pedro, disgustado, no dijo una palabra; contaba bailar aquella misma noche con la bella Catalina en el baile de los Cuatro Molinos, pero no expondría su amor propio a la humillación de un desaire...

— María Saleta tiene la culpa, dijo Rosa para excusarse. ¡Tanto me dijo!. Las Papín te habían tratado ante ella de gandul, de hombre inútil; entonces se me subió la sangre a la cabeza y quise vengarte. Esa María Saleta es una falsa; ¡no volveré a escucharla! Tiene ganas de Catalina para su Juan. La mayor de las Papín es un buen partido. A ti te convendría... En fin las habladoras de María no te traerán suerte; dicen que Juan está otra vez enfermo. ¡Y esa maldita barca que no ha vuelto!.. He visto a Micaille; te empleará en su despacho. En el mar, hijo mío, no hay más que una puerta de salida... ¡a cien leguas debajo del agua!.. ¡Ay!, el negocio de la pesca va de capa caída... No es como antes... Las comidas de vigilia se van... ¡Ya no hay religión!.. ¡Antes, cada viernes, la gente acomodada pagaba el pescado a peso de oro!.. ¡Qué desgracia!, ¡tú en la cárcel, hijo mío!.. ¡Prefiero ignorar lo que allí te han hecho!.. ¡Si eso te ha hecho aborrecer el mar para siempre, no sentiré tu mal ni el mío!.. No puedes figurarte lo que he llorado en tres días.

Sin cesar de hablar y de lamentarse, Rosa iba y venía; sirvió el café a su hijo, lavó los platos, echó leña en la chimenea destinada a ahumar los arenques.

Se afanaba en referir y trabajar; él, como buen marino en tierra, silencioso e inactivo, escuchaba a la mujer.

— Quizás tengas razón, dijo de pronto; sí, tienes razón; estoy harto del mar; si navegué, fué por puro capricho.

Rosa besó a su hijo.

— ¡Ah!, dijo ella; desengáñate, Pedro, lo principal es vivir; y yo te aseguro que no morirás por falta de una buena situación en tierra; yo misma me encargo de creártela.

Sin embargo, al alejarse de su casa, Pedro no canturreaba según costumbre de los muchachos contentos que van a la taberna o al baile. Sus gruesos labios se fruncían en una mueca de cansancio y de desaliento. En el fondo estaba avergonzado. ¿Avergonzado de su reciente prisión? No, pues Pedro pensaba más bien en el porvenir que en el pasado. Sentía pesadez en el alma, y esa repugnancia de sí mismo que acompaña a los que hacen traición a una amiga; ya no se atrevía a mirar al mar.

Rosa, de pie en el umbral de su puerta, siguió con la vista, mientras pudo verla, la silueta de su hijo que disminuía en lontananza.

Todo, en su casa, estaba en orden. Los domingos, no vendía arenques ni corcho. Rosa cogió una labor de punto y se sentó en la cocina. Reflexionaba trabajando. Y su pensamiento, como sus manos, unía mallas de un mismo género.

Pedro pequeño, Pedro grande, la felicidad de Pedro, la fortuna de Pedro, la vida de Pedro...

¡Su Pedro!..

VI

Con la chaqueta desabrochada y la cadena de oro balanceándose sobre el pecho, Pedro Malot subía por la calle Mayor. La esperanza del placer y del baile le substruía a la tristeza; sin embargo, andaba con pesadez.

Alegre o preocupado, el marino en tierra echa siempre de menos su barco y marcha con alguna torpeza. Sus pies tropiezan, sus piernas tiesas figuran un compás. ¡Háblenme ustedes, por el contrario, de un joven con gruesas botas, blusa de paño burda y capote a bordo de un barco!.. A pesar del balance y del cabeceo, anda de un lado para otro, sube y baja sin vacilación alguna. El aparejo que le protege contra la neblina y los golpes de mar no le pesan mucho.

¿Qué vela sostenida por su arboladura ha dificultado jamás la marcha de un buque ligero?.. Más bien lo lleva... Mientras que para la embarcación encallada en la arena y que se hunde, un cuarto en el bolsillo o una cesta vacía son cargas demasiado pesadas. Pero los piratas, saqueadores de la costa, la deslastran, y si no se la pone a flote, los bandidos le quitarían hasta su casco de madera y su alma de hie-

ro. Las escalas, si duran demasiado, no son provechosas para el barco ni para el marinero.

Pedro pasó las murallas, sus abrigos de olmos y castaños, y no tardó en encontrarse en el camino que conduce al baile de los Cuatro Molinos. Como el calor iba haciéndose pesado, el joven secóse varias veces la frente cubierta de sudor. Volvía instintivamente la cabeza hacia el mar, esperando un poquito de frescura.

Más allá de los terrenos de cultivo, muy lejos, un círculo de plata y una estrecha faja apretada entre la tierra y el cielo seguía el horizonte y centelleaba bajo el sol.

El viento soplabá del Sur, cargándose de vapor al pasar sobre las olas. La brisa soplabá como un hálito caliente y húmedo.

El mar, enamorado del sol, se elevaba hacia él. Subía en bruma y se condensaba en nube para alcanzarlo. Cada día claro, el mar, paciente y ardiente, ensaya la fuerza de su deseo siempre fallido. Después la nube estalla, y la lluvia, sangre del mar, voluntad de la onda que se ha elevado en el espacio, la lluvia descende sobre la tierra que se nutre sin cesar del esfuerzo de ese mar desesperado que ya quiere besar el sol.

Y Pedro, que marchaba de prisa, miró por primera vez a unas parejas que se complacían en hacer durar el camino.

Iban despacio, una tras otra; la muchacha, con las manos en los bolsillos, balanceaba las faldas, y el joven se inclinaba sobre su compañera, como si le entregara su cuerpo y su espíritu.

Reían, hablaban, se miraban mutuamente, y entonces sus labios sonreían mientras que sus ojos se fijaban, tranquilos y profundos. Abrigaban sus corazones en el puerto de un amor bien correspondido, antes de arrostrar las tempestades de la vida.

De pronto, Pedro sintió una gran soledad en sí y en torno suyo, como si estuviese en un desierto.

¡Ah! ¿Qué manecita vendría a apoyarse en su brazo y a salvarle del mayor de los naufragios: de ese naufragio que consiste en no amar a nadie más que a sí mismo y que engulle a los egoístas?.. ¿De qué os sirve tener una madre que os ama, un abuelo rico y un reloj de oro en el bolsillo, si os falta lo que regocija a los más pobres y a los más feos?..

¡Pedro Malot, a los veinte años, no tenía novia!.. Y encontré tan viejo que se preguntó si no era ya demasiado tarde para buscarla. ¡La pereza y la imprevisión le perderían!.. Moriría en el pellejo de uno de esos viejos solterones huraños y rencoresos que no son buenos más que para acumular cuartos y atormentar a la juventud.

Pero pensaba que no era el único responsable de su desdicha. Su madre, que tanto le mimaba, le repetía sin cesar que no había muchacha digna de él, le llenaba la cabeza de orgullo. Pedro merecía una princesa. Y esa Catalina, con su hermosura y sus capacidades, de que Rosa le hablaba hacía meses, enredaba a todos los muchachos con buenas palabras sin prometer ni dar nunca nada.

Precisamente delante de Pedro, una muchacha, sin ocultarse mucho, besó cariñosamente a su novio. ¡La descarada!..

A Pedro le salieron los colores a la cara. Aquel beso, que no había recibido, le sonrojó. Sintió reno-

vada la mordedura de los dientes de una pícara. Sus penas, como sus placeres, le traían siempre el recuerdo de Ambrosina.

Estaba en la pradera; en el centro, las parejas se empujaban en torno de los músicos. Varios viejos, formando círculo, admiraban a la juventud. Numerosas pescaderas, bien ataviadas, con sus gorras riza-

que trataba a muchos clientes como enamorados y a muchos enamorados como clientes.

Súbitamente le asaltó una inquietud. ¿Y la batalla entre su madre y Catalina?.. Seguramente Catalina desearía su invitación, y esta idea del desaire posible de Bella Gracia atacó tan violentamente su orgullo que creyó un instante que todo su porvenir, toda la dicha y desdicha de su existencia futura dependían de la bella Catalina.

Adelantóse hacia ella, emocionado, tembloroso; su cara atribulada era la de un amante transido. Catalina se enterneció. Le sonrió con su sonrisa habitual, con los labios fríos y los ojos zalameros.

Pedro la cogió por la cintura y la arrastró, pero el aire servil de la hermosa pescadera y una victoria sin duda demasiado fácil le enseñaron en seguida el desdén.

El muchacho recobró todo su aplomo de joven marino bien provisto y alegre compañero.

Y mientras tanto María Saleta se regodeaba de la riña sobrevenida entre las familias Papin y Malot... También esta vez el destino contribuía al reposo del pobre Juan vivamente inquieto.

Pedro y Catalina daban vueltas cadenciosamente; parecían tranquilos y plenamente satisfechos; no se miraban con ojos de esos que se buscan y se espían.

Catalina pensaba sobre todo en la buena posición de los Malot de que su madre le hablaba con tanta frecuencia.

El muchacho le parecía un poco joven, pero, en fin, a falta de otro mejor, ¡Bella Gracia se contentaría con él!..

Pedro pensaba siempre en su madre que le empujaba constantemente hacia la bella Catalina.

Las dos familias vendrían fácilmente a una inteligencia para su matrimonio.

Con frecuencia, cuando un muchacho se acuerda de su madre al admirar a una joven, aun no ha llegado la hora de molestar al joyero para el anillo de boda.

Terminado el vals, Pedro se volvió hacia el grupo de las muchachas y Catalina danzaba ya en brazos de otro.

Bailaba con calma y con método; así es que no se cansaba nunca.

Como se hacía de noche, se encendieron linternas venecianas y quinqués, y el baile continuó.

Pedro y Micaille se disputaron el honor de obsequiar a Catalina.

Esta aceptó patatas fritas, rebanadas de pan con manteca y barquillos, y tomó una gran taza de café con leche. Después de lo cual, Catalina, que no quería llegar tarde a su casa, habló de regresar pronto a la ciudad.

- Yo la acompañaré, dijo cortésmente Pedro, sin esperanzas de que su ofrecimiento fuese aceptado por la muchacha.

Catalina procuraba estar bien con todos sus bailarines y no aceptaba la larga compañía de ninguno. Se retiraba del baile con amigas.

Las muchachas, disgustadas quizás de no haber bailado mientras que Catalina danzaba de continuo, le habían jugado la partida serrana de marcharse sin prevenirla.

Catalina, pálida de rabia contenida, se resignó.

(Se continuará.)



Solo en aquella obscuridad, no tiene nada que hacer ni nada que decir;

das de canutillo y sus altos corsés apretados en la cintura, representaban uno de esos campos llenos de belloritas buenas para ser cogidas y deshojadas. Las pobrecillas bailaban unas con otras, pues los marineros navegaban en la pesca del arenque de verano y las señoras pescaderas no se ponen majas para los obreros ni para los burgueses de la ciudad.

Catalina Papin bailaba, en aquel momento, un vals con Micaille, el hijo del comerciante en pescado.

Bailaba bien. Su busto rígido y su cabeza erguida giraban por la destreza de sus pies sumamente ágiles. Daba vueltas, incansable, grave, digna como una de esas bellas peonzas zumbadoras que, no contentas con divertir a los niños, causan además la admiración más desinteresada de las grandes personas.

Llevaba, como una nave, serviola a proa y a popa, y el casco, bien delineado, acentuaba aquellas curvas. Catalina no representaba un pobre barquichuelo, sino al menos uno de esos hermosos bergantines que causan envidia a todo el mundo, a la gente de tierra como a la gente de mar; muchas miradas ávidas seguían a la bella pescadera y a su galán.

Pedro pensó con satisfacción que dentro de poco, cuando él bailase con Catalina, más de cuatro le tendrían envidia; esta satisfacción de vanidad, que él saboreaba de antemano, disipó todo el mal humor contra la hermosa vendedora inteligente y coqueta

LA CRISIS MINISTERIAL EN SUECIA

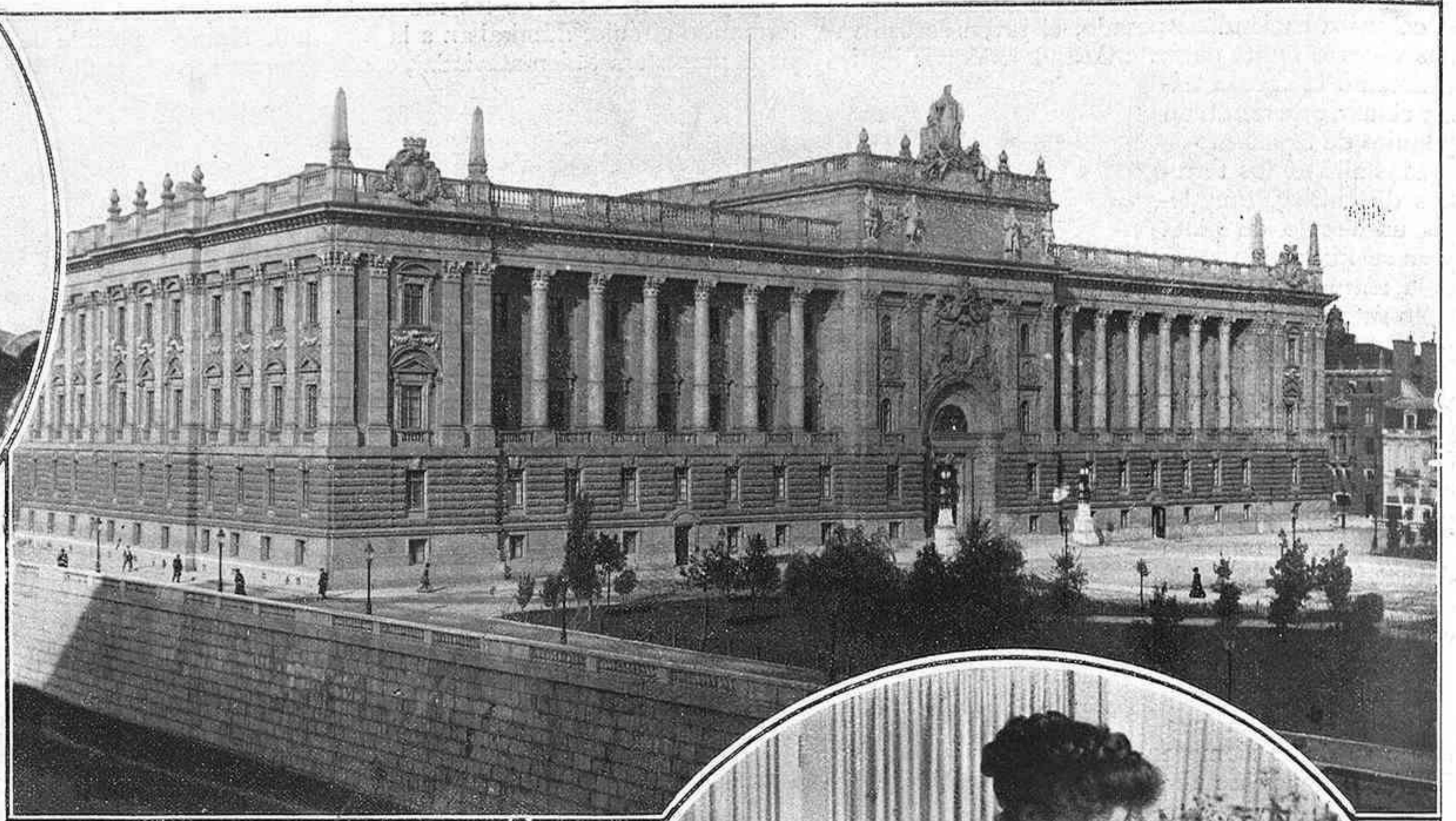


S. M. el Rey Gustavo V de Suecia

El día 6 de este mes reuniéronse en Estocolmo más de 30.000 campesinos de todas las comarcas de Suecia con el objeto de hacer conocer al Rey y al jefe del Gobierno que los aldeanos están dispuestos a soportar un aumento de los armamentos destinados a la defensa nacional, y de pedir la adopción de medidas de defensa sin pérdida de momento.

La manifestación monstruo, a la cual habíanse adherido 40.000 campesinos imposibilitados de asistir personalmente a ella, fué recibida en el patio interior del Palacio Real, en donde se procedió a la lectura del mensaje dirigido al Rey y al presidente del Consejo, y en el que se insiste sobre el hecho de que los aldeanos están dispuestos a hacer los sacrificios necesarios para la defensa del país, pero desean que se dé una solución inmediata a tan importante cuestión. El discurso contestación del Rey fué leído desde dos tribunas por el príncipe heredero y el duque de Vestrogotia, y en él el monarca, después de dar las gracias a los manifestantes, declaraba que compartía su opinión de que la cuestión de la defensa nacional debía recibir una solución inmediata y añadía que acerca de este punto capital estaba firmemente resuelto a no ceder a pesar de la corriente contraria que se había manifestado.

El discurso del Rey fué acogido con entusiastas aclamaciones, y después de haber entonado el himno nacional, los manifestantes subieron a palacio y desfilaron ante el Rey, la Reina y los príncipes.



Estocolmo. - El Palacio del Parlamento

Al día siguiente, en la Cámara fueron objeto de severas críticas por parte de los socialistas y liberales algunos de los conceptos contenidos en aquel discurso por considerarlos contrarios a la constitución.

Para contrarrestar la manifestación de los aldeanos, los socialistas organizaron otra que se efectuó el día 8 y en la que tomaron parte unas 30.000 personas. Los manifestantes se dirigieron al Consejo de Estado y una vez allí, el *leader* socialista Branting leyó un discurso pidiendo que se disminuyeran en vez de aumentarlos los sacrificios militares y que se favoreciera el trabajo, en la paz y la fraternidad. El presidente del Consejo, señor



El príncipe heredero Gustavo Adolfo y su esposa la princesa Margarita, con sus hijos. (De fotografías de Chusseau Flavien.)



Estocolmo. - Grupo de dalekarlianos en la manifestación monstruo en la que tomaron parte 30.000 campesinos de Suecia. En el círculo el Rey Gustavo V leyendo, desde el balcón del palacio, el discurso contestación al mensaje de los manifestantes; a su lado están su hijo el príncipe heredero Gustavo Adolfo con sus hijos los príncipes Gustavo Adolfo y Sigvard; detrás, su hermano el príncipe Eugenio. (De fotografía.)

Stoaff, les contestó que, a pesar de su profunda simpatía por el trabajo, la paz y la fraternidad con todas las naciones, está convencido de que el pueblo sueco tendrá que hacer nuevos y grandes sacrificios para la defensa nacional, si bien el Gobierno no cederá a exigencias sobre una cuestión que, en su concepto, sólo puede resolverse después de las nuevas elecciones legislativas.

Dos días después estalló la crisis ministerial. El Gobierno pidió al monarca la declaración de que el discurso a los campesinos no era un acto de Estado y de que en ningún modo había el soberano querido fijar su opinión antes del examen constitucional del proyecto de defensa y le suplicó que, en lo sucesivo, si tenía intención de hacer declaraciones oficiales sobre asuntos políticos, pusiera antes al Gobierno al corriente de lo que se propusiera decir. A esto último contestó el Rey que no quería renunciar al derecho de hablar libremente a su pueblo, y entonces el ministerio presentó la dimisión.

El día 11 llegaron a Estocolmo mil ochocientos estudiantes de las universidades de Upsala, Lund y Gothenborg, a los cuales se unieron otros mil de las diversas facultades de la capital, y todos juntos se dirigieron al Palacio Real. Recibidos por el soberano, los presidentes de las asociaciones estudiantiles expresáronle la confianza absoluta que en él tenían y el Rey les contestó con un discurso ardentemente patriótico y de tonos muy enérgicos.

Después de planteada la crisis, el Rey encargó la formación de nuevo gabinete al barón de Geer; mas no habiendo éste podido constituir Gobierno, llamó al barón Hammers-Kjoeld, quien ha formado un Gobierno en todo conforme con las opiniones y los propósitos de Gustavo V. - S.

EL AVIADOR

PARMELIN

Tiempo hacía que el aviador Parmelín tenía el proyecto de pasar por encima del Mont Blanc en aeroplano, pero por circunstancias atmosféricas desfavorables se había visto obligado, en distintas ocasiones, a desistir de su temeraria tentativa. Por fin, el día 11 de este mes, pudo realizarla con el más completo éxito, escribiendo con su hazaña una nueva página en los anales de los grandes hechos de la navegación aérea.

A poco más de la una y media salió del aeródromo Collé-Bossi, en las inmediaciones de Ginebra, y elevándose rápidamente, dirigióse hacia el Jura, regresó al aeródromo, subió a mayor altura, hasta perderse de vista, y al fin emprendió el vuelo directamente hacia el Mont-Blanc. A las tres y cuatro minutos toma-

ba tierra en las cercanías de Aosta después de haber pasado por encima de aquel monte, cuya altura es de 4.810 metros, para lo cual hubo de elevarse a más de 5.000.

Parmelín ha relatado su viaje en los siguientes términos:

«He de declarar ante todo que debo mi éxito a las cualidades de mi aeroplano y al funcionamiento regular del motor, pues las condiciones en que he realizado mi viaje no han sido muy favorables.

»Salí del aeródromo de Ginebra a la una y media y, después de algunas vueltas, me dirigí directamente hacia el Mont Blanc que veía refulgir en el horizonte.

»Cuando ya llegaba a Bonneville, a unos 20 kilómetros de Ginebra, el motor empezó a sufrir *ratts*, y esto me dió algún cuidado; arreglé, sin embargo, la carburación y desde entonces mi vuelo prosiguió regularmente.

»Decidido a jugarme el todo por el todo, elevéme rápidamente y volé por encima del valle del Arve hasta Sallanches; entré luego por el valle de Bionnaz y pasé rozando el pico del Dome. Había llegado a 5.350 metros de altura y calculé que podía franquear la cordillera del Mont Blanc.

»Eran las dos cuando pasé por entre la cumbre del Mont Blanc y el pico de Luis Amadeo.

»Llegué a la vertiente italiana y descendí hasta los 4.000 metros. A las dos y treinta y cinco de la tarde pasé sobre Courmayeur y el monte Chetif, a una altura de 3.000 metros; seguí mi viaje en la dirección del monte Cornet y luego continué volando sobre las vertientes que forman el valle Buitor. Mas apenas hube llegado a la entrada del valle del Nisve, levantóse una espesa niebla que me ocultó el panorama de las montañas; y comprendiendo que no podía saber por dónde volaba y que me exponía a romper el aparato contra un pico cualquiera, decidí aterrizar.

»Descendí en espirales hasta 100 metros del suelo buscando con ansiedad un espacio libre en el valle de Aosta, pero más allá de la ciudad de este nombre, el valle se estrechaba y el terreno era cada vez más accidentado, por lo que hube de re-



El aviador Parmelín, que ha efectuado recientemente el paso del Mont Blanc en aeroplano (De fotografía de M. Rol.)

montarme hacia Aosta para encontrar un llano algo ancho y largo y tomar tierra. Después de una larga serie de vuelos planeados, descubrí fácilmente una vasta pradera y descendí, rompiéndome al choque la hélice.

»A los 5.300 metros de altura, el termómetro marcó 32 grados bajo cero.»

Parmelín es suizo; nació en Ginebra en 1884, y debutó en los deportes como automovilista, hasta que en 1911 se dedicó a la aviación obteniendo el diploma de piloto, en 11 de septiembre de aquel año, en el aeródromo de Champaña, y entrando de instructor en la escuela Deperdusín, en la que ha formado más de cien alumnos.

Las travesías de las grandes montañas en aeroplano realizadas hasta la fecha son: la del Simplón, por Chávez, en 1910; la del Guadarrama, por Verdines, en 1911; la de los Pirineos, por Bider y Brindejone des Moulinais; la del Simplón, por Bielovucic; la de la cordillera Cai-Khin (Indo China), por Marcos Pourpe, y la de los Alpes Berneses, por Bider, en 1913. Todos estos *raids*, que tan admirados fueron en su día, han quedado eclipsados ante el que acaba de efectuar Parmelín pasando por encima del Mont Blanc.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

DE LAS MAJADAS AL OTERO, por Miguel A. Ródenas. — Novela de costumbres rurales en la que el autor ha sabido no sólo ver el aspecto externo de las gentes, de las cosas y de los paisajes, sino también ahondar en la psicología de los personajes y hacernos sentir el alma de la naturaleza. La acción es interesante, apasionada y se desenvuelve lógicamente hacia un final trágico; el estilo es vigoroso y castizo. Un tomo de 130 páginas, en el que además de la citada novela hay un bonito cuento, *Pau del camino*, y que forma parte de la Colección Diamante que con tanto éxito edita en Barcelona Antonio López. Precio, 50 céntimos.

LA FÓRMULA DEL PROBLEMA SOCIAL, por J. Gaztelu. — El autor de esta obra hace un detenido estudio del socialismo, del sindicalismo y del anarquismo, y proclama como fórmula para resolver pacífica y armónicamente el problema social, el maridaje del egoísmo y del altruismo en el egoaltruismo, o sea el egoísmo en los demás, el deseo del propio bien en el bien de los semejantes. Un tomo de 52 páginas impreso en San Sebastián en la imprenta de Martín Mena. Precio, 40 céntimos.

EN EL AZUL, por Fernando Maristany. — Colección de rimas delicadamente sentidas y expresadas en bellísima forma. Todas tienen un carácter íntimo, subjetivo y en todas transparenta el alma de un poeta de sentimientos dulces y de emociones suaves, que ha sabido encontrar las formas más adecuadas para exteriorizar unos y otras. Un tomo de 124 páginas, con una bonita portada y artísticas orlas y viñetas, elegantemente impreso en Villanueva y Geltrú en los talleres de Oliva.

EL MUNDO, EL POETA Y EL LOCO, poema original de Julio de las Cuevas García. — El autor de esta obra se revela en ella observador tan profundo como inspirado poeta. El vigor de las ideas, la originalidad de los pensamientos, la sinceridad de las convicciones, en una palabra, las bellezas de fondo que atesora el poema, hallanse avaloradas por una riqueza y facilidad de versificación que, en muchas ocasiones, alcanza el nivel de los más celebrados poetas castellanos. Un tomo de 60 páginas impreso en esta ciudad en la Imprenta Editorial Barcelonesa. Precio, 2 pesetas en España y 4 en el extranjero.

El sueño dorado de la mujer consiste en tener una hermosa cabellera.

A. Ehrmann.

lo mejor, para el pelo

PETROLEO GAL

LONDRES. - APERTURA DEL PARLAMENTO POR S. M. EL REY JORGE V. (De fotografía de L. N. A. Photo.)



La comitiva regia dirigiéndose al palacio de Westminster

Con la fastuosa pompa y el ceremonial de costumbre efectuóse el día 10 del corriente la solemne ceremonia de la apertura del Parlamento británico por S. M. I. el Rey Jorge V.

El Rey y la Reina fueron desde su residencia del palacio de Buckingham al palacio de Westminster en una magnífica carroza de gran gala tirada por ocho caballos enjaezados ricamente, siendo aclamados con entusiasmo por la multitud inmensa que llenaba las calles del trayecto que debía recorrer la regia comitiva.

S. M. leyó el discurso del Trono, cuyas declaraciones eran esperadas con gran ansiedad no sólo por los miembros de las dos Cámaras, sino también por el pueblo inglés en general, particularmente en lo que había de referirse a la cuestión irlandesa. En dicho discurso se empieza por afirmar que Inglaterra está en amistosas relaciones con las demás potencias y se anuncia la próxima visita que los soberanos harán al Presidente de la República francesa y con ocasión de la cual podrán evidenciarse las buenas y cordiales relaciones que existen entre ambos países. Se dice luego que Inglaterra se ha puesto de acuerdo con las demás potencias para resolver la cuestión de Albania y de las islas del mar Egeo de conformidad con los acuerdos de la Conferencia diplomática de Londres; se añade que van a tener término las negociaciones entabladas

con Alemania y Turquía sobre cuestiones que interesan al comercio y a la industria inglesa en Mesopotamia y sobre las relativas a las regiones limítrofes del golfo Pérsico; se alude a la reunión en Londres de la conferencia internacional relativa a la seguridad humana en los mares; se habla de varios proyectos que ha de presentar el gobierno y, al referirse a la cuestión de Irlanda, dice: «Las medidas respecto de las cuales han surgido divergencias, en la última legislatura, entre las dos Cámaras, serán sometidas nuevamente a vuestro examen. Lamento que los esfuerzos realizados para llegar a una solución amistosa de los problemas relativos al gobierno de Irlanda no hayan sido hasta ahora coronados por el éxito en una cuestión que provoca tan vivamente las esperanzas y los temores de tantos de mis súbditos y que, a menos de que se la trate ahora con circunspección y con un espíritu de concesión mutua, amenaza crear en lo porvenir graves dificultades. Mi deseo más sincero es que la voluntad y la cooperación de los hombres de todos los partidos y de todas las confesiones puedan remediar los dispendios y servir de base a un arreglo duradero.» Termina el discurso del soberano pidiendo la bendición de Dios para los trabajos del Parlamento. Después de leído el discurso los soberanos regresaron a su palacio y comenzó la discusión en la Cámara de los Comunes.

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
É. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN